

**La coca
y las economías
de exportación
en América Latina**

Hermes Tovar Pinzón

Roger Rumrill

Gerardo Lovón Zavala

Róger Cortez Hurtado

Bernard Lavalle

Charles Walker

Emilio Garzón Heredia.

SERIE: CURSOS DE VERANO

La coca y las economías de exportación en América Latina
primera edición, abril 1993

© Hermes Tovar Pinzón

© de la presente edición:

Universidad Hispanoamericana Santa María de la Rábida

ISBN: 84-8010-017-6

DL: GR-463-93

Imprime: Graficas Anel
Albolote (Granada)
España

Hecho en España

La coca y las economías de exportación en América Latina

Hermes Tovar Pinzón
Universidad Nacional de Colombia
Bogotá (Colombia)

Algunas de las ideas expuestas en este trabajo fueron presentadas originalmente a los estudiantes de la Universidad de Sevilla (España) y discutidas con los profesores de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Extremadura en Badajoz, en el otoño e invierno de 1989-1990. Esta versión que recoge nuevos elementos de discusión ha sido escrita para el Seminario sobre La coca y los mecanismos de articulación de la Economía Latinoamericana organizado dentro de los Cursos de Verano de la Universidad de la Rábida (España) en agosto de 1991.

Introducción

Una bibliografía sobre «El Mercado Ilegal de la cocaína» publicada en la Revista del Instituto de Estudios Políticos e internacionales de la Universidad Nacional de Colombia presenta 188 títulos editados entre 1968 y 1990 en Estados Unidos y en América Latina. La

bibliografía, que no pretende ser exhaustiva, es al menos representativa del interés que la producción, comercio y distribución de drogas ha ido alcanzando en el mundo. De estos 188 títulos 134 fueron publicados entre 1986 y 1990 mientras que en la década del 70 apenas se publicaron 11 títulos¹. Estos indicadores apenas son un testimonio más del interés que el tema sigue teniendo en el campo de la cultura y de las letras, no solamente en las Américas sino en Europa y otros países.

Sin embargo, el hecho de que mas del 80% de los trabajos estén referidos a asuntos como las «guerras» entre policías y traficantes, a las «amenazas contra la democracia» y la «seguridad nacional», y a discutir las «extradiciones» y sobre todo a ligar su producción a las organizaciones armadas de izquierda, reflejan la «politización del tema»² manipulado por medios de comunicación y por expertos en deformar la vida cotidiana y la historia de América Latina.

En esta tendencia a «politizar» el tema imprimiéndole un matiz esencialmente criminal, tal vez influye el interés de la prensa mundial por obtener también más ventas y más ganancias, más lectores y más sintonía. Una revisión de la prensa colombiana en la última década testimonia un marcado interés por la noticia y la opinión y menos por el estudio y la reflexión. Así, es importante señalar que el periodismo, consciente e inconscientemente se ha interesado esencialmente por un problema: el tráfico y los traficantes. De hecho, ha dejado de lado los dos extremos de la cadena: la producción y el consumo, eslabones que apuntan a explicar dos realidades: el mundo de los productores y el de los consumidores. Como la prensa constituye la fuente central de muchos de los análisis y estudios sobre la coca, los resultados no pueden ir más allá de ofrecer estudios repetidos sobre los traficantes, los transformadores y los distribuidores colombianos³ que conforman el circuito intermedio de la economía y sus espectaculares formas de superar la legalidad. Hay un velado olvido consciente o

1.- *Análisis Político*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional, Bogotá, enero-abril 1991, n° 12, págs. 96-100.

2.- LEONARDO ROJAS RODRÍGUEZ, *Narcotráfico: Incorporación económica y exclusión social. 1978-1986*, Universidad de los Andes, Departamento de Ciencia Política, Bogotá, 1989.

3.- Poco se preocupa la Prensa por los distribuidores europeos y norteamericanos.

inconsciente de quienes están en las zonas campesinas dedicados al cultivo o de quienes, en las ciudades, tienen sus razones para abandonar su vida al consumo⁴. Los estudios provienen más bien del interés que las ciencias sociales han desarrollado por conocer el problema de la colonización en zonas de frontera⁵.

De esta producción intelectual, es curioso notar que apenas una veintena de trabajos han querido discutir el problema desde el punto de vista estrictamente económico, es decir, analizar fenómenos relativos a la ampliación de cultivos de coca en América Latina, al de la población incorporada en esta nueva industria y sobre todo a los aspectos relativos al problema de las ganancias y al destino de los altos beneficios del negocio. Sin embargo los trabajos se centran en estudios macro-económicos tratando de encontrar explicaciones globales sobre el impacto de la droga en las economías nacionales, en la política interna o en las relaciones internacionales⁶. Algunos de estos estudios económicos no escapan al juicio moral que veladamente pretende condenar el negocio llamando la atención sobre su «impacto negativo». Los aspectos micro-económicos son dejados de lado, para antropólogos o sociólogos, a pesar de que los mismos contribuirían a comprender mejor nuestra realidad social y económica y de hecho las razones por las cuales nuestros campesinos, colonos o cultivadores ocasionales eligen un producto y abandonan otros. Además este conocimiento apunta a la comprensión de nuestras realidades regionales y sus desarrollos desiguales.

El tema que no puede ser reducido a un debate moral conforme lo han planteado los Estados Unidos y los países aliados, contiene otras

4.- MARIANA QUINTERO T., «Drogadicción: replanteamiento y formulación de una propuesta alternativa», en *Texto y Contexto*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1986, nº 9, págs. 51-67.

5.- ALFREDO MOLANO, *Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare*, Bogotá, 1987; J. JARAMILLO, L. MORA y F. CUBIDES, *Colonización, coca y guerrilla*, Bogotá, 1986.

6.- CARLOS G. ARRIETA et aliter, *Narcotráfico en Colombia: dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1990; JUAN G. TOKATLIAN y BRUCE M. BAGLEY (compiladores), *Economía y política del narcotráfico*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1990; HERNANDO JOSÉ GÓMEZ, «El tamaño del narcotráfico y su impacto económico», en *Economía Colombiana*, Bogotá, febrero, 1990, págs. 9-17.

realidades dramáticas para los latinoamericanos, que tienen que ver con la defensa de sus ingresos y con la mejora de sus precarias condiciones de vida. También con la lógica del capital y del mercado que contribuyen a la consolidación de estas economías de grandes beneficios. La decisión de sectores pauperizados y pobres de la sociedad andina de cultivar coca no es producto de su propia voluntad sino que proviene de otros factores que tienen que ver con su propio desarrollo y con las oportunidades que les ofrece la sociedad capitalista. El conjunto de necesidades biológicas y sociales lanza a estos sectores marginados de la economía a la órbita de la ilegalidad con sus alternativas de satisfacción rápida de cuanto el mercado siempre les ha negado.

La decisión de los campesinos de ampliar o transformar pequeñas parcelas de agricultura tradicional en cultivos de coca ha colocado a los gobiernos en la terrible encrucijada de tener que desatar una guerra contra los cultivadores ante las presiones de los Estados Unidos para erradicar el mal en el sector de la producción y no en el del consumo⁷. La reciente decisión del gobierno boliviano de iniciar una ofensiva militar coordinada por la DEA, lo que abre son días oscuros para la vida de los pueblos de Santa Ana y otras localidades⁸ productoras de coca. Otro tanto ocurre en el Perú en donde la «doctrina Fujimori» sobre drogas intensificará penosamente la violencia entre las comunidades indígenas⁹.

El que un agente de la DEA haya propinado patadas a un oficial de la armada boliviana por suponer que por su culpa no podían ser capturados los comerciantes de la droga, hace recordar viejas actitudes y lecciones del colonialismo en América Latina puestas en práctica contra caciques o jefes locales, y deja ver la diversidad de conflictos que va engendrando esta absurda guerra a muerte que

7.- VIRGILIO BARCO, *En defensa de la democracia: la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo*. Bogotá, 1990. Contiene las penosas ideas presidenciales que apenas sirvieron para incrementar la violencia en Colombia durante su administración (1986-1990).

8.- *El Tiempo*, Bogotá, junio de 1991, págs. 1A y 3A.

9.- R. RUMRRILL, ¿Por qué no es viable la "doctrina Fujimori"? diario *La República*, Lima, diciembre de 1990; *El Tiempo*, Bogotá, agosto de 1991. Brasil también ha iniciado su guerra en el Estado de Rondonia contra el narcotráfico.

defienden los países consumidores¹⁰. Además pone en evidencia cómo la droga se ha convertido en una nueva ideología de agresión hacia los países débiles una vez el anticomunismo ha entrado en crisis. El informe de la Subcomisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano sobre la política exterior, los narcóticos y la represión presentado al 100 Congreso de los Estados Unidos, en abril de 1989 concluye que el tráfico de drogas ha adquirido un carácter subversivo pasando a ser prioritario en la estrategia de seguridad de los Estados Unidos:

«El pueblo americano debe entender mucho mejor que en el pasado, como (nuestra) seguridad y la de nuestros hijos está siendo amenazada por la conspiración latina de la droga (que es) dramáticamente más exitosa para la subversión en los Estado Unidos, que ninguna de las que ha tenido su centro en Moscú».

El documento no deja dudas sobre los nuevos cables ideológicos que fundamentan la lucha de los Estados Unidos contra la droga donde la conspiración y la amenaza de los países andinos se convierten en seria amenaza, «sin precedentes» para la seguridad nacional de los Estados Unidos. Por supuesto que para la Subcomisión la guerra no debe ser contra los «pequeños campesinos» sino contra los grandes traficantes y para ello deberán utilizarse todas las «opciones políticas, económicas y, si es necesario, incluso militares, para neutralizar el creciente poder de los cárteles».

La cruzada contra la droga le permite a los Estados Unidos violar todos los derechos humanos con el consenso de países aliados que sufren la presión del Imperio norteamericano para que actúen conforme a sus mandatos. Como lo ha declarado un jurista de la Universidad de Sevilla, las directrices que toma la prohibición «se han convertido en una nueva forma de presión cultural y económica de los países poderosos sobre el Tercer Mundo...»¹¹

Los analistas de la economía encuentran que en la decisión norteamericana de hacer la guerra y no la paz, actúa una racionalidad

10.- *El Tiempo*, Bogotá, julio de 1991, pág. 9A. El hecho ocurrió durante el operativo contra Santa Ana (Beni) y el agente de la DEA justificó su actitud afirmando que el oficial era un corrupto y su unidad estaba "comprometida con los narcotraficantes".

11.- *El País*, Madrid, 18 de diciembre de 1989.

proveniente de la necesidad de mantener muy amplia la diferencia entre los costos de producción y los precios de consumo. Equiparar los precios de consumo a los precios de la producción podría generar un incremento incontrolado de la demanda con las consiguientes secuelas para la sociedad consumidora¹². Pero como lo hemos anotado no son razones meramente económicas sino ideológicas las que mueven los intereses de los Estados Unidos en torno a la droga.

A pesar del incremento de estudios rigurosos y cada vez más sólidos, uno nota sin embargo una tendencia a la realización de análisis excesivamente coyunturales y circunscritos a una visión sincrónica de la historia. La falta de una perspectiva del fenómeno que supere el acontecimiento, impide a veces una mejor comprensión de los factores que han incidido en los productores a dedicarse al cultivo de la hoja, a los traficantes a establecer sus oficinas de exportadores y a las fuerzas de seguridad a «criminalizar» el negocio en la forma como se hace y se practica en Colombia¹³ y en los Andes en general.

Es indudable que sin un análisis y comprensión del desarrollo de la vida económica, política, social e internacional de Colombia y América Latina a lo largo de su historia y, de modo especial en los últimos 50 años, no podremos contribuir a ofrecer conocimientos que puedan guiar la inteligencia de quienes tienen la responsabilidad de exterminar o legalizar este producto ancestral de nuestra América. La historia nos ha enseñado que la coca ha estado presente en la formación de economías, en la acumulación de recursos y en la creación de poderes políticos. Además ha estado ligada a los intereses de los países colonizadores o que han ejercido su hegemonía sobre América Latina. En los últimos años el cultivo de la coca y su industrialización en cocaína, reproduce formas de explotación, producción y comercialización que caracterizaron a las economías de extracción y de transición que han sido comunes en la vida de nuestras naciones gracias a las demandas de los países del hemisferio norte. Veamos algunos de tales rasgos.

12.- CARLOS G. ARRIETA et alter, *Narcotráfico en Colombia, dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*, Bogotá, 1990.

13.- AMERICAS WATCH, *La guerra contra las drogas en Colombia*, Bogotá, 1991.

La coca y la formación de espacios mercantiles internos

La idea expuesta en ciertos trabajos de que el «narcotráfico» ya funcionaba entre los Chibchas o en el mundo prehispánico no deja de ser más que una broma¹⁴ o el producto de un periodismo vacuo. Suponer que su mascado o *acullicado* constituye una forma de drogadicción en los Andes¹⁵, es desconocer el valor cultural que la coca ha tenido entre los pueblos prehispánicos. La lucha contra el *acullico* ha sido tan importante como la lucha contra el *esnifado* de hoy. Es necesario saber que la coca¹⁶ tiene una historia y que al menos hasta el siglo XX estuvo esencialmente ligada a los mercados internos de América Latina. Que antes de 1492 estuvo circunscrita a fines rituales y a necesidades propias de la farmacopea y a un uso cotidiano, como consecuencia de las propiedades alimenticias que contiene la hoja. Estos mismos principios los han seguido utilizando sociedades nativas que han permanecido al margen de la «civilización», reproduciendo los rescoldos de la cultura que occidente les dejó después de cinco siglos de oposición y guerra a sus formas de ser y de estar.¹⁷

La coca se cultivaba en las zonas bajas de los trópicos, especialmente en las selvas del Amazonas por organizaciones tribales y sirvió para articular estructuras de intercambio entre comunidades de selva y señoríos que dominaban las alturas. Debido a su estrecha vinculación a estructuras de poder y a necesidades de control y manejo de su producción, los Incas decidieron bajar hasta las mismas selvas del Amazonas a expandir el cultivo y a romper la dependencia que mantenían de pueblos guerreros e insumisos. Fue entre 1250-1315 cuando Inca-Roca, envió un contingente de 15 mil guerreros a ocupar tierras aptas para el cultivo de la coca. Esta política que expandía el

14.- MARIO ARANGO y JORGE CHILD, *Narcotráfico: imperio de la cocaína*, Bogotá, 1987.

15.- CRAIG VAN DYKE y ROBERT BYCK, "Cocain" en *Spektrum der Wissenschaft*, Mayo, 1982.

16.- «El uso de la coca en la América, según la legislación colonial y republicana», Remedios de la Peña Begué, en *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, 1971, vol. 6. La voz Aymara KoKa significa árbol o arbusto. En quechua la voz se convirtió en "kuka", ver *Dicc. Quechua: Cuzco-Collao*, Lima, 1976.

17.- ROBERTO PINEDA, «Etnografía del mambadero: Espacio de la coca», en *Texto y Contenido*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1986, págs. 113-139.

área de cultivo de coca fue proseguida por Tupac Inca (1471) y por Huayna Capac (1493-1525)¹⁸

La constitución del Tawantinsuyu¹⁹ obligó a muchos pueblos sojuzgados de los Andes a ampliar los cultivos de coca y extenderlos hacia las zonas bajas, para atender los proyectos tributarios de los señores del Cuzco²⁰. Pero la presencia de la coca no se redujo únicamente a los territorios controlados por los Incas y a su infinita frontera amazónica. Otros pueblos de los Andes, del norte de suramérica, en los actuales territorios de Colombia y Venezuela también habían hecho de la coca un producto importante de intercambio y de tributo²¹. En los valles templados de Pasto se cultivaba coca²² así como los Chibchas recibían coca en calidad de tributo de los pueblos ubicados en las tierras calientes de los valles interandinos y de los pueblos del pie-de-monte llanero²³. Es decir, la coca era un producto como las llamas o las vicuñas, el maíz o las mantas, y recibía un tratamiento especial dentro de la política general del desarrollo económico de estas sociedades.

Las estructuras de la producción y distribución de coca existentes en el Perú y Bolivia fueron modificadas luego de la conquista. Los españoles reorganizaron toda la economía indígena y ampliaron el mercado de la hoja de coca, especialmente después de 1545 cuando se descubrieron las minas de Potosí²⁴. Al menos hasta las ordenanzas

18.- DANIEL W. GADE, «Inca and Colonial Settlement, Coca cultivation and endemic disease in the tropical forest», in *Journal of Historical Geography*, London, 1979, págs. 263-279.

19.- JOHN V. MURRA, *La organización económica del Estado Inca*, México, 1980. Así se llamaba la unidad política creada por los Incas.

20.- JURGEN GOLTE, «Algunas consideraciones acerca de la producción y distribución de la coca en el Estado Inca», en *Verhalungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses*, Stugar-Munchen, Agosto, 1968, Band II Munchen 1970, págs. 471-478.

21.- HERMES TOVAR PINZÓN, *La formación social Chibcha*, Bogotá, 1980. Fray Pedro Aguado, *Recopilación Historial*, Bogotá, 1956, pág. 406. Los Chibchas van de las tierras frías a las calientes a conseguir el hayo o coca.

22.- H. TOVAR PINZÓN, *No hay caciques ni señores*, Barcelona, 1988, pág. 26.

23.- CARL HENRIK LANGEBAEK, «Notas sobre el acceso a plantíos de coca en territorio muisca, siglo XVI», en *Texto y Contexto*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1986, n° 9, págs 79-89.

24.- PETER BAKEWELL, *Mineros de la montaña roja*, Madrid, 1989.

de Felipe II, sobre el cultivo de la Coca, dictadas en 1573, la producción y comercialización de la hoja se hizo con la población indígena encomendada a los españoles²⁵. En el Cuzco por ejemplo, se siguieron enviando trabajadores a los valles de los ríos Piñi Piñi, Tono, Coshipata y Pilcopata para que cultivaran los cocales y remitiesen la hoja, siguiendo los viejos caminos del Inca hasta encontrarse en Paucartambo. Allí se almacenaba, para ser luego enviada a los depósitos del Cuzco, desde donde se iniciaba el proceso de comercialización a gran escala, atravesando grandes distancias hasta alcanzar sitios tan lejanos, como eran las minas de Potosí. De una a otra ciudad se enviaban de 600 a 1.000 llamas cargadas de la hoja bendita, en un viaje que duraba dos meses en jornadas de 15 kilómetros diarios²⁶.

La producción se desarrollaba gracias a la existencia de *Mitayos* o trabajadores forzados enviados a su cultivo y recolección, a *Camayos* o gentes residentes en los cocales y a *Corpas*, trabajadores libres que migraban a estas zonas a trabajar voluntariamente en la recolección y el secado de la hoja. En la sola región del Valle del Río Tono se reportaron en 1580, 7.000 trabajadores indígenas de todo tipo y 2.000 españoles encargados de supervigilar las labores.²⁷

La conquista española y la derrota de los Incas había introducido sistemas inhumanos de expoliación en las comunidades indígenas que sufrieron no sólo el desastre de la guerra, sino el desorden de los abastos y la prepotencia de los europeos que se erigieron en amos dedicados a tiranizar a los naturales²⁸. De ahí que las ordenanzas de 1573 relativas al «beneficio y aprovechamiento de la coca» buscaron limitar a 500 cestas (unos 5.000 kilos)²⁹ el volumen de coca cultivada

25.- RUGGIERO ROMANO, «Una encomienda coquera en los Yungas de La Paz (1560-1566)», en *Revista Latinoamericana de Historia Económica y social*, Lima, 1983, págs. 57.

26.- DANIEL W. GADE, *Inca and colonial... cit.*

27.- DANIEL W. GADE, *Inca and colonial... cit.*

28.- NATAN WACHTEL, *Los vencidos: los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid, 1976.

29.- Hay que tener en cuenta que para el siglo XVIII un cesto podría ser 8-10 kgs., pero para finales del XIX y comienzos de XX, el cesto tenía un peso de 28 libras en las zonas de producción y 25 para la comercialización. Es decir que el comerciante ganaba 3 libras. También para efectos de cálculos 3 unidades de hojas verdes hacen una unidad de hoja seca, cf. María Luisa Soux de Wayar «Apuntes sobre la producción y circulación de la coca yungueña a principios del siglo XX», en *Historia y Cultura*, Sociedad Boliviana de Historia, La Paz, abril, 1987, Vol. II, págs. 117-125.

en cada mita y regulaban las relaciones entre empresarios y trabajadores en los cocales. Las disposiciones buscaban mejorar las condiciones de vida de los *yanacunas* y *corpas*, mandando que se les diera habitación adecuada y mudas de ropas para evitar las enfermedades derivadas de tener que trabajar con sus trajes húmedos. Junto a estas medidas se limitaba el tiempo de las mitas, se prohibía cargar a los indios con cestas de coca desde los valles coqueros a los centros de distribución en los Andes y se mandaba no pagar el salario a los caciques sino a los indios de coca.³⁰

Las ordenanzas lo que hacían era racionalizar el uso de la fuerza de trabajo en uno de los sectores básicos de la economía colonial. Como decía el Rey, la coca era uno de los sectores «más principales que ay en ella». A su vez, la minería se convirtió en el sector a abastecer y, un racimo de medianos comerciantes llevaban la coca desde el Cuzco y otros centros de producción hasta los trabajadores de minas. Este sector de transportistas y de distribuidores se encargaba de su venta en Potosí y en las ciudades mineras del Perú. Este circuito, que conectaba valles agrícolas del Perú con zonas mineras del Alto Perú, tuvo en esta región sus propios espacios de producción y comercialización.

En el Alto Perú o Bolivia, los rescatadores o «*cocatakis*» iban desde el altiplano a las Yungas (tierras calientes) y recogían coca para venderla en las minas. Este sistema rudimentario de comercialización servía de aorta a los terratenientes que se fueron apropiando de las tierras de las Yungas, desplazando a las comunidades indígenas³¹. En Bolivia, esta región de 9.000 kilómetros cuadrados, con sus ejes de Chulumani y Coripata, se constituiría en el centro más importante de la producción de coca hasta el siglo XIX³². En 1786, había en esta región 345 haciendas dedicadas a cultivar coca para Potosí. Su producción alcanzaba unos 2 a 3 millones de kilogramos³³ es decir, dos

30.- Archivo General de las Indias (Sevilla, *Audiencia de Lima* 570 "De oficio Perú, desde 14 de octubre de 1572 hasta 11 de enero de 1587", sobre las "ordenanzas de la coca" dadas en Madrid por el Rey Felipe II a 11 de junio de 1573.

31.- Herbert S. Klein, «Producción de coca en los Yungas durante la colonia y primeros años de la República», en *Historia y Cultura*, Sociedad Boliviana de Historia, La Paz, abril 1987, Vol.11, págs. 3-16.

32.- RENE BASCOPE ASPIAZU, *La veta blanca, coca y cocaína en Bolivia*, La Paz, 1987.

33.- H.S. KLEIN, *Producción de coca...*, cit. pág. 7.

o tre mil toneladas. En esta región, especialmente en Coripata, surgió una de las fuerzas políticas más importantes de la vida boliviana como lo fueron los terratenientes coqueros³⁴. Estos hacendados alcanzaron su poderío a fines del siglo XVIII y lo mantuvieron hasta 1830:

«...cuando el gobierno de Santa Cruz reconoció oficialmente a la «Junta de Propietarios de Yungas» como vocero del grupo y además, con impuestos especiales a las exportaciones de coca, construyó y mantuvo la red caminera. Entre 1860 y 1870, hasta 1950, esta junta hablaba a nombre de los hacendados de la coca. Ella se convirtió no solo en un grupo de presión a nivel nacional y una empresa de obras públicas para la construcción de caminos, sino que también apoyó la construcción de ferrocarriles, tranvías y electrificación rural en las principales poblaciones yungueñas. De hecho se convirtió en un gobierno dentro de otro gobierno y, asimismo, controló la política local».³⁵

Tenemos pues que la historia nos enseña que la coca no fue un producto clandestino sino más bien que los fundadores de la civilización Inca buscaron controlar su producción y ampliaron el espacio cultivado lo cual creó sistemas laborales nuevos y formas administrativas que el Estado prehispánico puso en marcha para su recolección, transporte y abasto. Luego los españoles usaron esta estructura y articularon nuevos espacios, especialmente los circuitos que desplazaban productos de las zonas coqueras a los centros mineros. No había clandestinidad sino que la coca se convirtió en símbolo de riqueza y de poder de las familias terratenientes que abastecían a los trabajadores de los grandes mineros. La *Corporación de Productores de Coca de Bolivia S.A. (Colcalivia, S.A.)* era la Sociedad de Propietarios de los Yungas, que se creó en 1940 con el fin de controlar el cupo de quinientos mil kilogramos de coca que Argentina demandaba para los indios braceros que emigraban al norte de ese país.³⁶

34.- RENE BASCOPE ASPIAZU, *La veta blanca, coca y cocaína en Bolivia*, La Paz, 1987.

35.- H.S. KLEIN, *Producción de coca...*, cit. pág. 13.

36.- RENE BASCOPE ASPIAZU, *La veta blanca, coca y cocaína en Bolivia*.

Es esta tradición la que motivó al Presidente Banzer a utilizar los recursos «provenientes del cultivo de la coca» y su industrialización, entre 1976 y 1978, con el fin de emplear sus ganancias en proyectos de desarrollo de la economía Boliviana³⁷. Para ello la coca debía salir del ghetto de sus mercados internos y del masticado de los naturales para convertirla en cocaína e internacionalizarla. Su expansión fue tan grande que en 1983 se consideraba que 80 mil pobladores del Chapare se habían vinculado a dicho negocio y que sus intermediarios se constituían en un verdadero «poder dentro del Estado».³⁸

Es curioso que la historia haya puesto menos interés en conocer a los intermediarios o trajinantes, que servían de vasos comunicantes entre los eslabones que movían no solo la economía colonial sino gran parte del eje de la economía mundial. Hasta los años 60 del siglo XX, el interés de la historia por la coca se centró en los productores y los consumidores. Al contrario, en el mundo actual de la cocaína, el interés se ha concentrado en el estudio y delación de los intermediarios y negociantes, afirmándose con ello el carácter policíaco que bordea los argumentos e hipótesis de muchos de los que estudian y se interesan por el tema. Los dos extremos de la cadena, la producción y el consumo, parecen interesar menos a los delatores de este negocio.³⁹

Hasta 1975 la coca circuló por entre los espacios internos de los Andes suramericanos, contribuyendo a articular mercados que se extendían desde la selva a los Andes y a la costa de países como Perú, Bolivia y Colombia. Regiones como las Yungas bolivianas y peruanas y zonas calientes de Ecuador y Colombia proporcionaban las hojas a traficantes e intermediarios interesados en redistribuir el producto entre consumidores nativos de las minas, las haciendas, los obrajes y los mercados populares. Ciertos mercados internacionales generados después de la independencia de las colonias americanas estuvieron ligados a satisfacer necesidades farmacéuticas y, en menor

37.- RENE BASCOPE ASPIAZU, *La veta blanca, coca y cocaína en Bolivia*, La Paz, 1987.

38.- BASILIA LA FUENTE, *Coca y cocaína, una visión distinta*, La Paz, 1986, págs. 52-3.

39.- JEAN ZIEGLER, *La Suisse Lavé Plus Blanc*, Editions du Seuil, París, 1990; FABIO CASTILLO, *La coca nostra*, Bogotá, 1991.

escala, a calmar el vicio de grupos excéntricos de la intelectualidad europea y norteamericana. Por ejemplo, los mercados que se abrieron a principios del siglo XX hacia la Argentina estuvieron vinculados a la demanda de coca de los trabajadores bolivianos que emigraron a las haciendas cañeras del norte de la Argentina. Allí se exportaba sólo el 12% de lo producido en las Yungas⁴⁰. La coca que iba fuera del espacio regional andino a principios del siglo XX apenas alcanzaba el 1% del total y era realizado por «casas comerciales de La Paz» hacia Estados Unidos y Europa.⁴¹

Después de 1975, fecha que coincide con el fracaso de los Estados Unidos en la guerra del Vietnam, la cocaína ha sido objeto de una creciente demanda por parte de las sociedades del norte de nuestro hemisferio, desplazando a la marihuana, al LSD y a otras drogas en los mercados de los grandes núcleos urbanos de la sociedad occidental. Como en el pasado, América Latina descubrió un nuevo mercado en el exterior, iniciándose un ciclo impredecible de exportaciones, con efectos deformantes sobre la estructura interna en los procesos de selección de los espacios a explotar, distribución de las tierras de cultivo, formación de mercados de trabajo, aparición de intermediarios y comerciantes locales, formación de grupos financieros vinculados al capital externo y redistribución del capital acumulado entre sectores modernos de la economía. De ser un producto de circulación interna, la coca, transformada en cocaína, se convirtió en un producto de circulación internacional. Esto no significa que la coca no haya continuado con sus movimientos nacionales, viajando de aquí y allá, por entre los caminos abandonados de los Andes en busca de sus consumidores tradicionales. Ocurre que ahora han aparecido consumidores con capacidad de compra, en otras latitudes, y nuevos empresarios dispuestos a satisfacer su demanda. La nueva relación no ocurre entre clases altas y clases bajas sino entre países pobres y países ricos.⁴²

40.- H.S. KLEIN, *Producción de coca...*, cit. pág. 8.

41.- MARIA LUISA SOUX DE WAYAR, «Apuntes sobre la producción y circulación de la coca yungueña a principios del siglo XX», en *Historia y cultura*, Sociedad Boliviana de Historia, La Paz, abril 1987, vol. 11, pág. 124.

42.- ANTOINE DESJARDINS, «Coca in, Coca out», en *Cahiers des Ameriques Latines*, París 1987, nº 6, págs 12-31.

Pero aunque la historia de los mercados de América Latina ha tenido que ver con la demanda externa de nuestros productos, la diferencia con este nuevo mercado de la cocaína no es el patrón de dependencia, sino el carácter delictivo con que se le ha querido rodear por parte de las autoridades de los países consumidores. La cocaína es el primer producto masivo de exportación que es manejado por grupos marginados de la sociedad latinoamericana. Los nuevos actores del Tercer Mundo pueden demostrar su capacidad empresarial. Clases bajas y empobrecidas de la sociedad latinoamericana, habitantes del desempleo y de la ausencia de oportunidades, están prestos a incorporarse a los mercados subterráneos e informales con el fin de lograr el ascenso que la sociedad en general les niega. Estos actores ligan su historia al contrabando, a las esmeraldas, a la marihuana y a otras formas delincuenciales⁴³ que han estado presentes en toda la historia de América Latina desde 1492, pero que tienen un significado especial después de 1960, cuando se vive un nuevo cuadro de convulsiones y transformaciones, como consecuencia del ingreso de sectores medios y bajos a la escena política, reclamando una redistribución del ingreso y mejores oportunidades económicas.

Las grandes empresas multinacionales se benefician indirectamente del negocio gracias a la creciente demanda de insumos químicos para la transformación de la hoja en base de coca y en cocaína de alta pureza. Es importante anotar que la experiencia de la coca se asocia a la forma como la sociedad y la economía latinoamericanas han manejado sus recursos de origen vegetal, animal o mineral. Tales manejos han estado ligados a un desarrollo estructural que ha vinculado el continente a los intereses de los países del hemisferio norte siempre atentos a buscar en el hemisferio sur recursos para su bienestar. Al final los países promotores de estos mercados se han quedado con un alto volumen de las ganancias, tal como ocurre hoy día con la cocaína.

43.- HERNANDO RUIZ FERNANDEZ y JOSE FERNANDO LOPEZ LATORRE, «La Balanza cambiaria negra: Transacciones ilegales del comercio exterior», en *Carta Financiera*, Bogotá, Anif., oct.-dic. 1980, n° 47, págs. 195-224.

La coca y las economías de exportación de ciclo corto

América Latina después de 1810 osciló entre la búsqueda de mercados de exportación capaces de garantizar su estabilidad económica interna. El resultado de estos esfuerzos fue el surgimiento de economías de exportación de ciclo corto hasta que surgieron productos de tendencia secular. Entre estos dos movimientos cíclicos se ha inscrito la historia de nuestras localidades, de nuestras regiones y de nuestras naciones. Dependiendo siempre de lo que demanda el mundo desarrollado, tuvimos que desatar hasta guerras civiles, reformas constitucionales y políticas represivas de todo orden para asegurar los productos que interesaban a nuestros compradores. En otras palabras nuestra historia económica de prosperidad y crisis ha estado montada sobre una historia social de conflictos agudos.

Son éstos los ojos de nuestro rostro, es éste el paisaje que debemos mirar en la comprensión de la formación económica y social de nuestras naciones.

En América Latina, el surgimiento y consolidación de productos vinculados a la formación de ciclos de tendencia secular permitió el desarrollo de infraestructuras de caminos, transportes y puertos en función de las rutas que debían recorrer las materias primas que iban al exterior. En otros términos, los modelos de desarrollo estaban orientados «hacia afuera», hacia los países consumidores. Es verdad que estos productos de ciclo secular, contribuyeron a la estabilidad política y a la llamada «unión nacional». También contribuyeron a crear un mercado interno y a la formación de nuevas economías regionales. Los ciclos de larga duración de nuestras economías actuaron en espacios que lograron colocarse a la vanguardia de nuestros desarrollos dejando otros espacios a las eventualidades de un producto que pudiera ofrecer alternativas económicas a sus habitantes. En otras palabras, el ciclo de larga duración no liquidó la presencia intermitente de los ciclos cortos y especulativos, los cuales seguirían rondando de tiempo en tiempo, como pestes de antaño, las diferentes regiones de nuestra América. El carácter desigual y combinado de nuestras economías tiene que ver con estos fundamentos orgánicos de nuestra vida económica.

Por ejemplo en el siglo XIX, antes de que se encontraran estos productos de ciclo secular, antes de que las economías latinoamericanas se estabilizaran, los países se vieron envueltos en la búsqueda de bienes que ofrecieran una alternativa a lo construido por el mundo colonial⁴⁴. En Colombia por ejemplo, hubo quienes propusieron articular los logros del sistema colonial, intentando desarrollos regionales complementarios de tal manera que se pudiera satisfacer primero la demanda interna de la población nacional y luego exportar los excedentes. El comercio de Bogotá sostenía con respecto a este modelo que «un pueblo debe tener a la mira no depender de otro en lo que es indispensable para subsistir».⁴⁵

Quienes creían en las bondades de un modelo que respondiera a las necesidades del mundo exterior, opusieron el libre comercio a la protección, y la iniciativa de la empresa privada a la intervención del Estado. Al final, estas economías de exportación irrumpieron sobre zonas nuevas, generaron una movilización de trabajadores de regiones de cultivos tradicionales, e incorporaron nuevas tecnologías. La naturaleza diferenciada de nuestras sociedades hizo que los ingresos provenientes de estos sectores se transfirieran del tabaco a la quina, de la quina al añil, de la quina a los productores de armas en el extranjero o se transfirieran a industrias nacionales en formación. O que estos capitales acumulados apenas sirvieran para el enriquecimiento de unas pocas familias como le ocurrió a Bolivia con sus minas de plata⁴⁶ o a Colombia con sus empresas caucheras.

La explotación de la coca y su transformación en cocaína, se ubica entonces en el contexto de las economías de exportación de ciclo corto propias del siglo XIX. Estas economías representadas en el tabaco colombiano, en el guano peruano y en el caucho boliviano, fueron con otros productos como el añil y la quina, ejemplos clásicos de los fracasos de sociedades locales ilusionadas por la demanda de merca-

44.- JOSE ANTONIO OCAMPO, *Colombia y la economía mundial 1830-1850*, Bogotá, 1984.

45.- HERMES TOVAR P., «La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850)», en J.A. Ocampo ed., *Historia económica de Colombia*, Bogotá, 1987, pág. 109.

46.- ANTONIO MITRE, *Los patriarcas de la plata: Estructura socioeconómica de la minería boliviana en el siglo XIX*, Lima, 1981.

dos extranjeros, que lanzaron a empresarios y financistas criollos a destruir el bosque para obtener la resina, la corteza o los frutos de la tagua. O les invitaron a llegar hasta las tierras calientes de los valles colombianos, para convertir en un vendaval de esperanzas la vida de miles de hombres y mujeres que dejaban colgar sus ilusiones del perezoso espiral de un fumador de Hamburgo o de Amberes.

Las economías de ciclo corto pueden clasificarse en dos tipos: las que operan sobre espacios centrales y las que se desarrollan en fronteras aisladas. Las primeras llegan a convertirse momentáneamente en los ejes de las exportaciones y de la transformación económica nacional. Ejemplo de esto es el tabaco colombiano⁴⁷ y el guano peruano⁴⁸. Las segundas operan en los bosques y selvas alejados de los centros urbanos, en donde no es posible una intervención del Estado. Ellas convierten la región en un espacio jurisdiccional de los empresarios nacionales y extranjeros. El vacío que deja el Estado es ocupado por estos empresarios portadores de progreso y de violencia. Es el caso de la famosa Casa Arana y de otros caucheros menos poderosos que fueron capaces de trastornar la vida de regiones enteras.⁴⁹

En estas sociedades con sus nuevas economías de caucho, quina⁵⁰ o añil⁵¹, los niveles de violencia adquieren matices de brutalidad. Se dice que la economía del caucho en Colombia dejó más de cien mil indígenas muertos, y asolados muchos valles y riberas de las selvas

47.- LUIS F. SIERRA, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, 1971; JESUS A. BEJARANO Y ORLANDO PULIDO, *Notas sobre la Historia de Ambalema*, Ibagué, 1982, págs. 103-176.

48.- W.M. MATHEW, «Perú and the British Guano Market 1840-1870», en *The Economic History Review*, Welwyn Garden City, England, april 1990, Second series, vol. XXIII, Nº 1, págs. 112-128.

49.- CAMILO DOMINGUEZ Y AUGUSTO GOMEZ, *La Economía extractiva en la Amazonia Colombiana 1850-1930*, Bogotá, 1990.

50.- YESID SANDOBAL B. y CAMILO ECHANDIA C., «La Historia de la quina desde una perspectiva regional: Colombia 1850-1882», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Universidad Nacional, Bogotá 1985-86, Nº 13-14, págs. 153-187.

51.- FRANCISCO J. ALARCON y DANIEL G. ARIAS, «La producción y comercialización del añil en Colombia 1850-1880», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Universidad Nacional, Bogotá 1987, Nº 15, págs. 165-209.

del Putumayo, Vaupés y Caquetá⁵². Un solo ejemplo ilustra los climas de destrucción que rodeaban la sociedad encargada de extraer y comerciar este tipo de productos. En 1903 se denunció el asesinato de 25 indios en la Chorrera después de haber entregado la goma a uno de los subadministradores de la Casa Arana: «...dieron orden de que cada indio fuera envuelto en un saco empapado en petróleo, al cual se prendió fuego inmediatamente». Una vez más el capitalismo en América Latina mostraba su carácter sangriento, pues gracias a esta violencia pudo acumular recursos para el bienestar de múltiples empresarios criollos y extranjeros y contribuir al bienestar de la sociedad industrial en expansión. En general las economías de ciclo corto ofrecen las siguientes características: a) irrumpen sobre zonas campesinas o indígenas, demandando un producto que hasta ese momento solo ha servido para configurar mercados muy localizados y ha satisfecho meros usos domésticos, b) Esta irrupción viene acompañada de capital con el cual se adquieren nuevas tierras, se instalan centros de transformación del producto y se generan nuevas relaciones de trabajo, c) Los pequeños propietarios son expropiados de sus tierras y convertidos en peones o, en productores dependientes de los grandes compradores, d) Aparecen dueños de grandes unidades que reclutan nuevas gentes las cuales llegan a ampliar y a diversificar el campo laboral, e) La inmigración y la demanda de trabajo «calificado» generan un alza de salarios o de las rentas de trabajo, f) La escasa disponibilidad de alimentos para una población que se hincha duplicando o triplicando el consumo de bienes disponibles en las aldeas, cuyos recursos alimenticios son bastante limitados, termina por generar una rápida inflación de los precios, g) Las bonanzas salariales deforman el orden social en donde los vicios, la prostitución, el consumo y los lujos suntuarios arrastran los excedentes hacia una capa de empresarios comerciantes que hacen su «agosto», beneficiándose con estos auges de ciclo corto, h) Los beneficios de la explotación no se quedan en la región sino que se transfieren a otras localidades y a centros metropolitanos, i) Las sociedades productoras comparten un clima de violencia y no quedan obras de infraestructura

52.- FELIX ARTUNDUAGA BERMEJO, *Historia del Caquetá*, Florencia, 1984, pág. 67. «...Tribus enteras desaparecieron, otras en doliente nomadismo habían tenido que huir adentrándose a la selva. Los muertos se calculan en cien mil indígenas».

social, sino mera ruina, abandono, soledad y aislamiento, j) En zonas aisladas y eminentemente indígenas se generan sistemas de endeudamiento por un incremento del trueque el cual conduce a la población a formas de dependencia personal que rayan en la esclavitud misma.

Esto es lo que se conoce como bonanza tabacalera, cauchera, quínera o añilera o en los tiempos modernos como bonanza «marimbera»⁵³ y bonanzas coqueras. En Ambalema, por ejemplo, capital del tabaco en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX, tras los empresarios llegaron las damiselas a darle colorido y erotismo a los prostíbulos que absorbían gran parte de los beneficios nominales de los trabajadores. Un poco más al sur y unos años después, con el «boom» del caucho el pueblo de La Ceja (actual municipio de Acevedo, Huila) era más un centro de descomposición, que una aldea con proyectos de desarrollo. El poblado era «Un burdel de vicios, una zahurda de foragidos... un infierno... de gentes inicuas y perversas»⁵⁴, afirmaba, un tanto escandalizado, un testigo de la bonanza cauchera. De Acevedo partían los contingentes de caucheros en busca de las gomas que permitirían la práctica de esta vida de lisonjas.

Los pueblos convertidos en las capitales de las bonanzas, se ensanchaban, nuevos edificios marcaban la fastuosidad junto al rancherío de paja y de bahareque, mientras por las calles polvorientas se anunciaban los nuevos gustos y las nuevas modas con que se iba a las fiestas y a los centros de reunión popular.

En la Ceja, frontera del caucho,

«De día y de noche se escuchaban por doquier flautas, tiples y guitarras interpretando bambucos y pasillos; los bailaderos y las cantinas permanecían siempre llenos y nunca cerraban sus puertas. Los caucheros llegaban de la manigua -que allí debía parecer lejana y nebulosa, hija de febril imaginación- , entregaban la resina, recibían su pago, cancelaban sus deudas y con el excedente anclaban en las cantinas. Allí dormían y comían y solo salían a la calle para pelear a revolver, puñal o barbera. Y peleaban a la antioqueña: cogían un «raboegallo» de cada punta y en sangriento acto de

53.- ANIF, *Marihuana, legalización o represión*, Bogotá, 1979.

54.- Citado en FELIX ARTUNDUAGA B., *op. cit.*, pág. 62-63.

*crueldad se propinaban machetazos hasta que uno de los contendientes -y muchas veces juntos- caían sin vida».*⁵⁵

A estos cuadros repetidos del mundo social que diseñaba la economía de extracción o de exportación se unían otros fenómenos en los poblados. Los personajes de la localidad eran desplazados de los centros de las ceremonias aldeanas y los nuevos señores afiliaban su riqueza a un nuevo poder, el poder local, vinculado al poder territorial y al poder nacional. Con el dinero venía el bullicio, el licor, el vicio y las nuevas costumbres, contra todo lo cual se afinaban las prédicas repetidas de los curas que habían visto esfumarse su aldea, entre una modernidad pagana que ellos se negaban a aceptar y que más bien combatían al denunciar los centros de lenocinio, la corrupción y el abandono de Dios. Los curas eran los únicos voceros de la moral pública perdida entre el silencio, los confesionarios y la algarabía de estos polos de desarrollo que el capitalismo industrial inducía a la vida vacua en alejados rincones del trópico. En fin estas economías de ciclo corto habían introducido profundas grietas en el comportamiento social de las gentes de estos poblados que vivían la bonanza.

Pero un día, en Amsterdam, en Hamburgo, en Londres o en Nueva York se daban cuenta de que el tabaco ambalemano o el caucho amazónico podía producirse en otra región o que sencillamente la producción superaba la demanda. Tal vez la razón de las deliberaciones tenía que ver con la alteración de las calidades de los productos exportados. Entonces se decidía bajar los precios o acudir a otros mercados. Esta decisión sonaba como un taco de dinamita capaz de derrumbar aquel edificio de sueños y colores levantado a orillas del Río Magdalena, en las selvas del Putumayo, en el Beni boliviano o en cualquier región ardiente suramericana.

El pueblo de Ambalema, como capital del tabaco, quedó reducido a su tierra caliente, reproduciendo su soledad un día violentada. El polvo de los caminos ya no se levantaba sobre el horizonte anunciando caravanas de viajeros y traficantes ni el río Magdalena se tragaba el humo de los champanes cargados de frutos, viajeros y esperanzas. La crisis de la quina y el caucho dejó «en un estado de ruina y de desolación», al pueblo de La Uribe⁵⁶. El cura Párroco añoraba, 60 años

55.- F. ARTUNDUAGA, *op. cit.*, pág. 63.

después, la ocasión perdida con el auge de la quina. Cuando llegaron los empresarios de este producto «la región iba colonizándose rápidamente para los colonos» y el pueblo creció con rapidez, pues se habían hecho grandes fundaciones por las compañías Lorenzana y Montoya y Herrera y Uribe. Pero luego de la muerte de los fundadores faltó organización pues con la riqueza se amistó el libertinaje y nacieron «no pocos hijos e hijas: el primogénito fue el despilfarro, y siguieron los demás nada mejores; una niña fue la última que se llamó la «ruina»⁵⁷. El cura creía que la culpa de toda la crisis radicaba en la inoperancia de los colonos y no en las condiciones del mercado que habían llevado la bonanza quinera hasta estas «inmensas llanuras», y luego se la habían tragado entre las aguas de una tempestad de ilusiones.

Hace más de 100 años Ambalema arrastra el recuerdo de sus ferias, aunque su tabaco aún se fuma y se masca por generaciones que desconocen su historia. Esta misma pobreza, se evapora, junto al sol del Caribe, que tuesta sus rayos entre los habitantes de Ciénaga, la capital del banano y que también vivió su feria de ilusiones. El mismo olvido que tejen las lianas sobre la selva de Manaos o del Vaupés, y otros lugares, escenarios florecientes del caucho. Y en La Uribe cada mañana se traza una cruz sobre la guerra interminable que no cesa.

Aún faltan en América Latina todas las historias de estas bonanzas. Los enriquecimientos rápidos y sobre todo el auge y la decadencia de pueblos perdidos en el trópico y que nadie recuerda hoy porque ni siquiera han sido habilitados para el turismo. La creencia de que toda esa parafernalia que estructura el ciclo corto forma parte de sociedades idas, es mentira. El fracaso de un desarrollo sustentado sobre ciclos de larga duración y sobre proyectos de industrialización parece haber dejado a millares de gentes al borde del camino para que retornen a la selva húmeda, a las vegas fértiles y a las yungas en busca de productos que demanda el nuevo orden mundial.

Nuevos gustos y nuevas necesidades hacen germinar las ilusiones perdidas en el trópico y en sus selvas. Quienes patentaron el tabaco,

56.- CAMILO DOMINGUEZ Y AUGUSTO GOMEZ, *La Economía extractiva en la Amazonía Colombiana 1850-1930*, Bogotá, 1990, pág. 52.

57.- A.H.N., Bogotá, *Mingobierno*, República sección 4a, 1918, tomo 807, f. 160r a 164r.

el cacao, el café y las frutas tropicales parecen haber perdido la onda de los tiempos y se empeñan ahora con sus herederos en controlar los mercados de los nuevos vicios. Ahora llegan con su magia primitiva el cannabis y la coca, y no sabemos por cuantos siglos o cuántas décadas sobrevivirán para enriquecer a occidente y dejar en los países productores recuerdos pasajeros de un tiempo de bonanzas con sus ríos de whisky, con sus muertos y sus héroes agonizantes y con sus leyendas de fastuosidades efímeras.

Estas historias apenas se leen en el calor quieto y débil de espejismos secos que se quiebran sobre las calles de las aldeas del Caribe. O entre la bruma y la neblina que se escurre bajo sinfonías de insectos, aves o bestias que pueblan nuestros bosques y selvas. Hasta allí llegaron un día los nuevos traficantes para fundar las capitales del cannabis y la coca cuyos pilares eran adornados con capiteles de promesas de un enriquecimiento fácil. Entre el cristal de este vacío que recorre las aldeas alejadas de Colombia y de los Andes, la marihuana y la coca siguen repisando caminos abandonados para levantarle monumentos a la ilusión y a la esperanza. Nuevos ciclos cortos renuevan la fe de los marginados que aspiran con los nuevos empresarios a conquistar una montaña de oro blanco. Con ella suponen que podrán erradicar todas las demandas insatisfechas, y abrir los canales de la riqueza como si unos y otros fueran los jinetes de las nuevas huestes, ansiosos de hacer realidad el encuentro de un Dorado posible e inasible. Y en este galope por la riqueza ha sido necesario arrancar de la niebla un nuevo foso de violencia, pegado intrínseca e ineludiblemente a este tipo de economías.

En conclusión, este dilema que históricamente nos ha ligado al mundo del desarrollo, ha reproducido nuestra mayor contradicción política, cual es la de profundizar los lazos de dependencia mientras se promueve la modernización de zonas tropicales de América. Hasta ahora ni los mercados internos de la colonia, ni las economías de ciclo corto o de ciclo secular nos han ofrecido verdaderas alternativas para el desarrollo económico de nuestra sociedad. Apenas ha sido posible que los economistas más generosos nos clasifiquen como países en «vías de desarrollo», un eufemismo que esconde el drama de nuestras verdades sociales y económicas. Unas economías informales y subterráneas parecen mover el otro brazo que nos ata a la tierra y a la

verdad, para que los de arriba y los de abajo puedan sobrevivir en este mundo de agudas contradicciones.

Estos cuadros deformantes de la realidad, propios del siglo XIX y ajenos a la conciencia de quienes aún no aprenden de la historia, tienen su eco en el siglo XX con el «boom» de la Marihuana⁵⁸ y de la coca. Uno y otro producto se inscriben en los contextos básicos que otrora, en el pasado, definieron el desarrollo de otros productos tropicales.

La coca y el «boom» de las aldeas amazónicas y andinas.

En estos tiempos cercanos al milenio, el turno le corresponde nuevamente a la selva, la misma que en otra época recibió a aventureros y empresarios que buscaban caucho, quina o añil. Pero no se trata ahora de encontrar un producto de difícil reproducción sino de plantarlo en suelos apropiados para su expansión y cultivo. Primero fue la marihuana que se cultivó en la Sierra Nevada y luego en algunas regiones de los Andes. Entre tanto la coca ha buscado refugio en zonas más aisladas hasta penetrar las selvas del Amazonas en su afán por clandestinizarse. O por retornar a donde nació.

La diferencia de la coca y la marihuana con aquellas economías de corto «boom», propias del siglo XIX, radica en la naturaleza que determina la demanda y en el origen de quienes controlan la producción y transformación de las hojas en un producto de consumo popular, ya sea la marihuana o la cocaína. Al ser elevados a la categoría de productos de demanda «ilegal», por parte de los países consumidores, se ofreció la oportunidad de revestir todo el proceso económico desde su cultivo hasta su consumo, de un manto de clandestinidad y de criminalidad. Con esto se extendió la tarjeta de presentación social que la ligó a submundos, a poblaciones que tenían más para ganar que para perder, en operaciones que ofrecen en apariencia apreciables ventajas económicas⁵⁹. Los protagonistas de estas actividades fueron nuevos actores sociales y económicos

58.- HERNANDO RUIZ H., «Implicaciones sociales y económicas de la producción de la Marihuana en Colombia», en *Anif Marihuana... cit.*, págs. 107-228.

59.- MARIO ARANGO J., *Impacto del narcotráfico en Antioquia*, Medellín, 1988. Esta obra es interesante porque estudia una pequeña muestra de 20 «empresarios» de la cocaína, mostrando sus orígenes, expectativas y actitudes.

ansiosos de no dejar perder su oportunidad y de superar la marginalidad y exclusión a que les sometían las clases dominantes convencionales.

Lo que hemos señalado para las economías de ciclo corto del siglo XIX parece repetirse en las pequeñas aldeas de la selva amazónica y en aquellos lugares que vuelcan su vida a un negocio que llega como cualquier profeta anunciando el fin de las miserias y el comienzo del reino de todos los gustos y vanidades que el mundo, en todas sus formas, ha negado hasta entonces:

«En poblados en donde antes no pasaba nada y el tiempo parecía no discurrir, de pronto aparecieron mujeres a la última moda, ruidosas discotecas, costosos vehículos, lujosas fincas y un movimiento notarial de propiedad sin precedentes. El cura o el político ocasional empezaron a perder su liderazgo frente a humildes nativos, que después de haber abandonado silenciosamente el pueblo, retornaron con nuevos modales, repartiendo ostentosamente amistad y favores. Y con ellos llegarían sus amigos, para multiplicar aquel inicial impacto, despertando ambiciones represadas o dormidas en jóvenes que poco esperaban de la vida»⁶⁰.

Todo esto ocurría en Urabá, y en Medellín y sus alrededores cuando llegó la coca, a finales de los setenta, ofreciendo posibilidades de convertir a marginados en intermediarios de un negocio lleno de dólares y de futuro. Esto mismo ocurría en la costa Atlántica desde la Guajira hasta Urabá cuando la marihuana irrigió de dólares las calles de las grandes ciudades y de los pequeños poblados del Caribe.

Pero si esto ocurría en pueblos y barriadas en donde se reclutaban transportadores y traficantes, es decir el sector encargado de comunicar los dos extremos de la cadena, productores y consumidores, ¿qué ocurría allí donde se producía? Esto nos parece importante ya que nos remite al conocimiento de cuales eran las condiciones económicas y sociales que contribuían a la decisión de una sociedad local de vincularse a la producción de la materia prima que llegaba ofreciendo mejores ingresos.

60.- MARIO ARANGO J., *op. cit.*, pág. 98.

En una zona de indígenas.

Es ilustrativo el caso del Vaupés. Una región apartada del oriente colombiano, en donde la coca era usada por los nativos para sus ritos⁶¹. En 1978, comenzaron a aparecer hombres blancos y «cabucos» interesados en comprar sus cosechas. Al intervenir su producción, los indígenas se vieron precisados a ampliar la frontera cultivada a fin de satisfacer la demanda generada por los nuevos compradores. Los nuevos empresarios de la coca atrajeron a otras gentes que llegaron a comprar la tierras de los indios. Con este asalto a la propiedad territorial los nativos, envueltos en este remolino de demanda creciente de la coca, terminaron por convertirse en peones en sus tradicionales territorios.

La adquisición de tierras y la demanda de la hoja de coca vino acompañada de nuevas técnicas para su cultivo que comprendió la mejora de los suelos, la selección de las semillas y el uso de herbicidas. Con esta nueva estructura de propiedad y de cultivo se inició en el Vaupés una fase expansiva de la producción de coca que se extendió entre 1978-1983. Al ascenso le siguió una caída de la producción en 1984 y una leve recuperación en 1986. Sobre una base 100, en 1978, el precio de la arroba de coca pasó a 375, en 1982, para bajar a 31 en 1984 y volver a 188 en 1986. Es posible que la caída de 1984 esté ligada a la operación desatada por el gobierno de Betancur contra los traficantes de cocaína y que condujo a la operación que desmanteló los campamentos y plantaciones de Yarí (Caquetá), Orocué (Meta) y Amorúa en jurisdicción de Santa Rosalía en el Vichada⁶². Indudablemente que la caída de los precios internacionales también fue un factor importante en esta coyuntura de crisis que afectó a otros poblados de la selva.

Estos ocho años de «boom» o de bonanza coquera en el Vaupés, no solo convirtieron a los indígenas en peones en lugar de propietarios sino que otros terminaron como recolectores en lugar de cosecheros. Con estos cambios en la estructura laboral se afectaron las estructuras

61.- FRANÇOIS CORREA R., «Coca y cocaína en la Amazonía colombiana», en *Texto y Contexto*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1986, N° 9, págs. 91-111.

62.- *El Tiempo*, Bogotá, 12 de marzo de 1984, pág. 1; *El Colombiano*, Medellín, 15 de mayo de 1984, pág. 12A.

de la organización comunitaria. Los nuevos colonos y gentes de conducta dudosa, atraídos por el dinero pusieron en marcha el acoso y la presión sexual abriendo las puertas a la prostitución de las mujeres indígenas. En un ambiente de descomposición de la comunidad, los indígenas se volvieron consumidores de lanchas, licores y armas de fuego. Por primera vez, en siglos de marginalidad, una planta ritual como la coca, les otorgaba como por hechizo los excedentes suficientes para consumir bienes provenientes del mundo de los blancos.

Todo este cuadro de cambios conduciría a una crisis de alimentos en el Vaupés entre 1983 y 1984. Para cerrar el paisaje de cambios y traumas, este mundo que se tejía en el silencio, de repente se vio rodeado de un universo bullicioso en donde los patrones de conducta se vieron alterados por el ir y venir de gentes de rostro forastero entre callejuelas y prostíbulos. La embriaguez y los homicidios eran parte de esa nueva vida que terminó por corromper a las autoridades y por hacer que las guerrillas se erigieran en las reguladoras de la moral y de las buenas costumbres.

Entre tanto, otros sectores de la economía colombiana vivían y disfrutaban los efectos reflejos de una expansión de la coca en un pequeño rincón de la selva colombiana. Los vuelos de aviación se incrementaron, no sólo por el aumento de pasajeros que iban y venían sino porque a un lugar tan alejado y aislado del centro del país, era necesario transportar los alimentos, la gasolina y los productos químicos que servían de insumo al proceso de producción y transformación de la coca como la acetona, el éter, la soda liviana, el permanganato y el ácido sulfúrico venidos de laboratorios de Europa y los Estados Unidos.⁶³

Pero en esta bonanza de hombres, vicio y dinero, no solo acumulan los empresarios de la coca sino los sanos empresarios del transporte aéreo, los sistemas financieros, los contrabandistas, los empresarios de alimentos y las empresas multinacionales de la química. El

63.- En casi todas las operaciones contra centros productores de cocaína la policía retiene este tipo de insumos. Por ejemplo en una operación que destruyó dos millones de plantas de coca en el Putumayo, la policía informó que hasta principios de agosto de 1985 había interceptado 6.075 galones de acetona cf. *El Tiempo*, Bogotá, 10 de agosto de 1985, pág. 3A. También puede verse *Policía Antinarcotráfico una década de esfuerzo*, Bogotá, 1991, trae información sobre insumos químicos decomisados entre 1984 y 1990 y se refiere a 5.638.171 galones decomisados, pero no especifica.

capital del combatido alcaloide ha sido capaz de irrigar de exuberantes ganancias toda la piel y las venas de la economía colombiana y de la economía mundial. Este mercado en sus círculos mágicos de oferta y demanda ha envuelto a los más puros defensores de la sana empresa y de la doble moral.

La crisis de esta zona no provino, como en el siglo XIX de una mera decisión en el extranjero. O tal vez sí, si no desdeñamos el rol de los Estados Unidos y el carácter «narcotizante» de nuestra diplomacia. El gobierno colombiano, dispuesto siempre a dar palos de ciego, decidió iniciar una campaña militar contra grupos guerrilleros que compartían los beneficios de la coca en la zona. Pero el ejército no actuaba contra el vicio sino contra la subversión política. La presión militar hacía peligrosa la explotación de la coca en la zona. La selva era como el mundo de *Ciro Alegría*, ancho y ajeno. El «boom» podía desplazarse a otro rincón amazónico en donde redistribuir millones de dólares arrancados de las calles de las ciudades norteamericanas. Con ellos, otros colonos e indígenas podrían atender las demandas centenariamente insatisfechas, al menos por unos años, pues luego volvían a sumirse en su propio abandono y aislamiento propios de la naturaleza del Estado colombiano.

En una zona de colonos

El impacto de la coca en economías marginales lo representa también el Bajo Caguán⁶⁴ una región que fue objeto de inmigración desde antes de 1965 y que como todo sistema de colonización espontánea en Colombia, se realizó por gentes que sobrevivieron a todos los conflictos armados de los años precedentes o que fueron lanzados por el desempleo hacia una frontera ilusa para forjar un futuro.⁶⁵

Sin posibilidad de acceder a los mercados nacionales, estas zonas de colonización generan sus propios circuitos comerciales en los que los puntos de concentración urbana más próximos a los asentamientos dispersos se convierten en abastecedores temporales de bienes y artículos complementarios para la alimentación y el trabajo. Estos

64.- J. JARAMILLO, I. MORA y F. CUBIDES, *Colonización. Coca y guerrilla*, Bogotá, 1986.

65.- JORGE RENEL PULECIO YATE, *Aspectos socio-económicos de la actual colonización del Caquetá*, Monografía de Grado para optar el título de Economista, Universidad Nacional, Bogotá, 1981.

pequeños poblados actúan como núcleos civilizadores y representan el punto de contacto con el Estado, con el progreso y con la «civilización».⁶⁶

La coca ingresó a esta zona de colonización en 1976 y generó un proceso similar al del Vaupés, con la diferencia que los actores fueron colonos y no indígenas. El impacto no se hizo esperar. De 1.345 personas dispersas en una área de 350 mil hectáreas⁶⁷, se pasó a 30 mil habitantes en 1981 y a 50 mil en 1985⁶⁸. Un crecimiento que superaba cualquier predicción en el curso de una década. En lugar de las 260 hectáreas disponibles por cada individuo en 1965, se pasó a 7 hectáreas por persona 20 años después. El millar de personas que entre 1965 y 1975 luchaba por sobrevivir se transformó, por milagro de la coca, en 50 mil aventureros expectantes de mejorar sus condiciones de vida, unos años después. Un colono recuerda que con la coca

*«...comenzó el problema de la montaña (la selva), pues comenzaron a tumbar por todas partes y también comenzó a llegar gente de distintos rincones del país, a buscar refugio en estas selvas para hacer sus cultivos y se oía el decir de las gentes que esto sí servía para el pobre...»*⁶⁹

¿Cuáles fueron las razones que hicieron cambiar la economía de la región haciendo posible una atracción masiva de población? La economía de subsistencia es una forma de marginalidad, mucho más si se encuentra alejada de centros de comercio y sin una ágil infraestructura de comunicaciones⁷⁰. La población de colonos cultivaba yuca, maíz y plátano bases de la alimentación campesina en

66.- Véase las interesantes discusiones sobre la fundación del pueblo Colono (Meta) en 1971, presentadas por el profesor Hernando Camargo. «Colono: Fundación de un Poblado en la Selva Amazónica», en *Revista U. N.*, Bogotá, abril de 1972, N° 10, págs. 139-170.

67.- A cada colonó le correspondían 260 hectáreas lo que da una densidad muy ínfima, con los fenómenos correlativos de aislamiento agravados por la naturaleza inhóspita de la selva.

68.- J. JARAMILLO et alter *op. cit.* págs. 114 y 124.

69.- Citado en J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 110.

70.- Sobre la colonización del Caquetá y de esta región puede verse FELIX ARTUNDUAGA BERMEO, *Historia general del Caquetá*, Florencia, 1984 y también JORGE REINEL PULECIO YATE, *Aspectos socio-económicos de la actual colonización del Caquetá*, Monografía de grado para optar el título de economista, Universidad Nacional., Bogotá, 1981.

Colombia, la cual tradicionalmente se ha combinado con una ganadería familiar de porcinos y bovinos. A este tipo de agricultura se unió el cultivo de la caña de azúcar y el cacao que había tenido su auge antes de la bonanza de la coca⁷¹. Eran pequeños granjeros a cuya economía familiar unían algún medio de transporte animal o acudían al transporte fluvial.

Sin embargo la comercialización de los excedentes dejados por las cosechas era muy difícil debido a los altos costos de transporte, convirtiendo la región en una economía de autosubsistencia y autoconsumo con pocas posibilidades dinamizadoras hacia el exterior. Con la coca arribó el capital, tan necesario para transformar cualquier empresa. Llegaba el dinamismo, el impulso, el *Take-off*. Pero con el dinero llegó un flujo notable de «aventureros, colonos, comerciantes, vendedores ambulantes y jornaleros» para formar una población flotante que podía ascender «a un 30 o 40% de la población total de la zona»⁷². Los colonos encontraron rentable cultivar la hoja cuyos rendimientos eran mejores que los del maíz, la yuca y los plátanos. Un colono que había llegado a la región a comienzos de los años 60, dejó explícito este fenómeno cuando contó que:

«...estas tierras aquí no compensan el gasto con la producción que uno siembra, porque si se siembra maíz o arroz, vale más la siembra y la cogida que lo que le van a dar por ello. Entonces, por instinto de conservación la gente sembró coca»⁷³.

La razón de este viraje es comprensible. Un predio producía, por ejemplo, 10 cargas de maíz al año que dejaba un ingreso bruto de 12.000 pesos colombianos. Ese mismo predio podía producir 100 arrobas de coca que representaban para el dueño un ingreso bruto de 350 mil pesos al año. ¿No es tentador entonces cambiar un cultivo por otro cuando las ganancias son 30 veces más? Pero no termina aquí el razonamiento elemental de un campesino envuelto en este remolino de ingresos nunca imaginados. Por ejemplo la yuca era más rentable

71.- J. R. PULECIO Y., *op. cit.* págs. 104-124.

72.- J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 74.

73.- Citado en J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 111.

que el maíz. Un predio producía 150 cargas de yuca que dejaban un ingreso bruto de 75.000 pesos colombianos. Es decir, 6 veces más que el maíz pero cuatro veces menos que la coca⁷⁴. ¿Por qué no sustituir entonces yuca y maíz por coca? Si como sostenía un colono la gente se sentía rica «con platica y no se acordaba de plátanos, yuca, arroz, ni de marranitos, ni de los perros de cacería»⁷⁵, entonces ¿por qué sorprendernos de la expansión de este cultivo?⁷⁶

Estas consideraciones hechas por los campesinos de la región nos dejan ver además, a la luz de la realidad, que todos los beneficios aparentes, no iban a engrosar sus arcas. Es indudable que el costo de la vida subió en la región como consecuencia del aumento de la demanda de alimentos básicos. Pero las ventajas de la coca como producto alterno no radicaban sólo en los beneficios finales. Al permitir unos ingresos mayores la población de colonos podía sentir que múltiples demandas eran satisfechas. Así fueran superfluas e improductivas.

Este fenómeno poco considerado en los procesos de acumulación es muy importante en sociedades y personas que ante un abismo histórico de demandas insatisfechas aspiran, ante el incremento súbito de sus ingresos, en primer lugar, a cubrir con los excedentes todas las necesidades que la vida le fue negando. Esta es una de las razones por las cuales los productores y aún quienes se dedican al comercio y contrabando de la coca, invierten un alto porcentaje de sus rentas en lujos y excesos que generan el desprecio de sociedades, grupos y clases acomodadas, porque entre ellos la brecha entre la oferta y la demanda cotidiana ha sido históricamente más equilibrada.

Cuando los excedentes no son constantes, sino breves y efímeros, los portadores de esta nueva riqueza quedan al final sin un capital

74.- J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 116, Cuadro N° 1. Los ingresos netos descontados los costos de producción eran para una hectárea-año de maíz, yuca, plátano y coca de 8.500, 71.500, 43.975 y 249.100 respectivamente.

75.- Citado en J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 111.

76.- Razones similares han motivado a la población boliviana que entre 1976 y 1986 se desplazó hacia el Chapare. El presidente Jaime Paz Zamora sostenía que en 1987 «una hectárea de coca rendía 6.400 dólares a un campesino de la región del Chapare, mientras que la hectárea de café dejaba 1.500 dólares, la de plátanos 600 y la de maíz, 300», *El Mundo*, (Santa Cruz, 14 de noviembre de 1989, pág. 1, citado en ELIANA CASTEDO FRANCO Y H.C.F. MANSILLA, *Proyecto: Volkswagen-Stiftung 11/65 155*, Informe período 1.11.89-31.1.90, Berlín).

acumulado o representado apenas en una serie de bienes muebles e inmuebles. Sólo la disponibilidad de dinero abundante y permanente le permite a estos nuevos grupos, conocidos como «clases emergentes», superar el mundo de los gustos que tanto promociona la sociedad capitalista. En economías de «booms» cortos, es decir, que ni siquiera cubren una generación, es muy difícil cerrar estas brechas que el mercado, las clases y la concentración de rentas crea entre gentes de bajos ingresos.

Es esta demanda insatisfecha la que deforma las decisiones de estas clases pobres y campesinas poniendo en funcionamiento un consumo de bienes y servicios superfluos, incluidos aquí la prostitución, los juegos, los licores y la adquisición de bienes que apenas constituyen los fundamentos de los equipamientos normales de una familia en una sociedad de consumo. Se pudo observar que:

*«En la etapa más álgida de la bonanza de la coca se calculaban para Cartagena del Chairá, centro urbano literalmente inundado de bares, discotecas y establecimientos similares, a donde acudían colonos y jornaleros de lugares distantes, una población de aproximadamente 400 prostitutas, en un poblado que para la época, no registraba más de 500 casas».*⁷⁷

Esta feria de vanidades repite lo que hemos observado para otros poblados del siglo XIX y principios del XX vinculados al tabaco, la quina, el añil y el caucho. El fenómeno se calca con las bonanzas de la marihuana y de la coca, en ciclos deformantes y traumatizantes de la realidad social, como respuesta lógica al impacto que tiene el capital sobre zonas marginales del mundo, en donde aparecen productos que repentinamente ingresan a las esferas del buen gusto y el consumo de las sociedades desarrolladas. Estas nuevas clases, en conclusión, son víctimas del «efecto demostración» de cuanto ofrecen nuestras burguesías.

Pero a la expansión de los años posteriores a 1975, siguió igualmente una época de crisis. Esta tuvo lugar hacia 1982, en esta

77.- J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 78, nota 54.

zona del Caguán, como consecuencia de las operaciones militares desatadas en la zona por razones políticas de lucha contra el narcotráfico y la guerrilla que llevaron a la dispersión y traslado del cultivo de la hoja a otras regiones de Colombia. La sobreproducción de coca y posiblemente la reducción del precio al por mayor de la cocaína en Estados Unidos⁷⁸ completaron los rasgos de esta coyuntura de crisis, que también recorría los poblados del Vaupés y del Guaviare. Un testigo, actor en este teatro del desengaño nos pinta el modo como la caída de los precios de la pasta comenzó a desdibujar todo este castillo de esperanzas y vanidades, tal como estaba ocurriendo en otros poblados de la región amazónica. Su relato es elocuente y triste mientras nos devuelve la película de lo que se vivía en la selva:

*«Bueno, empezó el llorido de la gente, pues cuando antes una persona se compraba media vaca, ahora se compra media libra de «bóge»; los que tomaban tanto trago, ahora venden dulces en la calle... los que compraban remesas por toneladas ahora la llevan en un morral; los que hablaban de millonadas, ahora hablan de centavos... los que rompían los billetes en las cantinas borrachos, hoy se lamentan de la plata que rompían».*⁷⁹

Como en el Vaupés, muchos indígenas de esta región del Caguán fueron víctimas de esta bonanza. El efecto de descomposición de la cultura indígena provino del enriquecimiento de algunos nativos que ingresaron al consumo suntuario, incluidas lanchas con «motores fuera de borda, lo que les daba un altísimo status» y les sacaba de su comunidad. Pero pasada la bonanza «los motores se deterioran por falta de uso, pues sus dueños no tienen con qué comprar combustible para moverlos».⁸⁰

Esta inversión del mundo de la riqueza y del poder pasajero confirma como la introducción de capital sin planificación deforma los centros productivos y genera escenarios de violencia y de descom-

78.- HERNANDO JOSE GOMEZ, "Economía ilegal en Colombia: Tamaño, evolución, características e impacto económico", en *Economía y Política... cit.* pág. 66 y pág. 65 donde sostiene que la «información de precios al por mayor en Colombia no es publicada por ninguna entidad en forma sistemática. No obstante, parece ser que el precio cayó dramáticamente, por lo menos un 50%, entre 1982 y 1983 debido a que el incremento de las exportaciones desde Colombia saturó el mercado.

79.- Citado en J. JARAMILLO *op. cit.* pág. 117.

80.- E. ARTUNDUAGA B. *op. cit.* pág. 185.

posición de patrones culturales. A toda esta economía ficticia se une la transferencia de un alto porcentaje de los excedentes a otras zonas de Colombia y del mundo sin dejar posibilidades de despegue y de construcción de infraestructuras para estas aisladas regiones del trópico, que han visto esfumarse otra oportunidad de articulación de sus espacios al Estado Nacional y a los proyectos de bienestar de la humanidad.

Digamos como conclusión que todos sabemos algo sobre el impacto global de la coca en el mercado mundial. Pero desconocemos sin embargo el impacto en las economías perdidas de la selva amazónica, en donde comunidades abandonadas por el mundo y por el Estado colombiano luchan apenas por sobrevivir. La coca ha supuesto la articulación de estas zonas a una economía mundial clandestina. Sin embargo, debido a las depresiones cíclicas del producto como a la presión internacional que lo combate, los colonos han querido sustituir la coca por productos tradicionales de consumo familiar. ¿Pero será posible hacerlo sin mercados que ofrezcan una alternativa real de ganancias dignas que permitan la incorporación de miles de familias a niveles de ingresos cercanos a los de otras clases menos necesitadas?

Dentro de los acuerdos de paz y cese al fuego, en el Caguán se intentó negociar una sustitución de la coca para evitar que el Estado encubriera acciones militares en contra de la guerrilla. Pero los mismos colonos reconocieron que debían cultivar y vender alguna coca para obtener recursos económicos que les permitiera mantener vigentes los acuerdos de sustitución agrícola. Así la coca termina convertida en una economía de retaguardia y en el recurso financiero que el Estado colombiano no está en condiciones de satisfacer. La carencia de créditos campesinos es sustituida hábilmente por los campesinos con cultivos de coca, apenas lo suficientes para atender las necesidades básicas de circulante monetario. «Estamos sembrando maíz», dijo un colono y líder comunitario del pueblo de Remolino en las selvas del Caquetá, con quien se debatía el fenómeno de la extinción del cultivo de la coca, para luego agregar:

«tengo un vecino que tumbó 24 hectáreas; es cierto que tiene unas maticas de coca pero invirtió ese dinero en tumar 24 hectáreas y las

81.- Citado en J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 121.

*sembró de maíz, pasto, plátano y yuca; y si el colono aprovecha estos dineros para ésto... la economía subterránea se convierte en una producción de artículos de primera necesidad».*⁸¹

He aquí una alternativa real a quienes escriben sobre la urgencia de sustituir el cultivo sin ofrecer soluciones concretas a los campesinos de los Andes. De ahí que asistencias económicas de 65 millones de dólares prometidos por Estados Unidos para suplantar el cultivo parecen ser más bien un sueño americano. Si la coca proporciona a los campesinos de la Amazonía peruana unos 200 dólares semanales, ¿semejantes dádivas podrán ofrecer una alternativa real?⁸² Esta ayuda apenas serviría para atender solo el ingreso de una semana de los campesinos del Alto Huallaga. Si gran parte de esa ayuda se convierte en armamentos y municiones, entonces tenemos razones para no ser optimistas sobre la política de sustitución de cultivos.

Campesinos del poblado de Santo Domingo, en el Caquetá (Colombia) afirmaron en un día de julio de 1985 que había disposición de la comunidad para acabar con la coca siempre y cuando hubiera reivindicaciones para la región. Y acto seguido precisaron:

*«Se le ha dicho a la gente sobre la siembra de pastos, del maíz, de la yuca, el plátano;... aquí la gente ya está pensando en acabar con el cultivo de la coca como medio de renta que tenían anteriormente..., es decisión de las masas mismas; pero se quiere algo sumamente importante, que es la ayuda del gobierno, de todas las instituciones que puedan prestar la ayuda, para facilitar el medio de que se pueda cambiar la forma de producción y la forma de renta para los colonos. Aquí podría acabarse la coca sin necesidad de que venga el ejército a sacarla y sin necesidad de que haya fumigación aérea...».*⁸³

Si bien es cierto que la coca llegó un día al Caguán y mostró sus ventajas, la crisis dejó al menos una alternativa complementaria de ingresos a una sociedad marginal. El ciclo corto no solo dejó la soledad, el aislamiento y la incertidumbre como en otras regiones, sino una economía de retaguardia capaz de evitar el hundimiento de esta frontera entre el simple autoabastecimiento y el auto-consumo.

82.- *El País*, Madrid, 14 de enero 1990.

83.- Citado en J. JARAMILLO et alter *op. cit.* pág. 121.

Estos problemas se reprodujeron en otras regiones como el Guaviare cuya población pasó de 90 mil personas a 300 mil durante la época de la bonanza que terminó hacia 1985, con la caída de los precios de la coca. La pasta había alcanzado a valer 500 dólares el kilo y como por encanto llenó de gentes extrañas y transhumantes pueblos como Miraflores, La Carpa o el Retorno. La misma que se esfumó con la dramática caída del precio a 300 dólares el kilo:

*«La gente que hormigueaba bajo el calor pegajoso de la calle que atraviesa el caserío (de el Retorno), desapareció cuando la coca perdió precio. Lo mismo ocurrió con la zona de tolerancia, donde los comerciantes de la coca bebían hasta el amanecer, acompañados por más de cien prostitutas que hace diez años cobraban hasta siete mil pesos⁸⁴ por una noche de placer».*⁸⁵

Con la crisis llegaron los proyectos de rehabilitación y de sustitución de cultivos propuestos por el Estado por medio del Plan Nacional de Rehabilitación que invirtió mas de 22 millones de dólares en programas de mejoramiento de infraestructura, créditos y salud. Sin embargo en 1991, cinco años después, los campesinos vuelven a sonreír porque la coca ha subido de precio. Ha pasado nuevamente a 510 dólares el kilo. Producir este kilo le cuesta a los campesinos 350 dólares, y 8 hectáreas de tierra cultivada. Las razones para que los campesinos cultiven aún 10 mil hectáreas de coca en chacras de una a 40 hectáreas obedece al fracaso de la política de sustitución que el Estado quiso realizar y a las dificultades económicas para pagar sus créditos. «Yo sembré cacao pero ese cultivo dura 4 años para producir y no he podido pagar el préstamo» afirmaba un joven colono de Miraflores.

La corrupción, los sistemas de créditos, hechos unos a forasteros que luego desaparecieron y otros mal planificados, así como las dificultades del transporte, atentaron contra el deseo de los campesinos y del Estado de que se volviera a cultivar cacao, maíz, plátano o yuca. Las promesas gubernamentales de comprar las cosechas se fueron saliendo de estas fronteras, tras las huellas de los tráfugas y

84.- Unos 110 dólares, en 1981, año a que se refiere el texto.

85.- *El Tiempo*, 14 de julio de 1991, pág. 1B, JOSE R. NAVIA «Guaviare: la gran tenaza de la coca».

forasteros. Sacar una carga de maíz hasta Miraflores costaba 18 mil pesos mientras que el Instituto de Mercadeo Agropecuario (Idema) les pagaba la carga a 13 mil pesos. Como sostuvo el colono que sufría estos desencantos: «Al final el maíz se lo comieron los micos y los marranos y nosotros volvimos a la coca. Un kilo de base lo traemos por puchitos en los bolsillos». La realidad hizo que estos colonos siguieran cultivando coca para pagar los créditos otorgados por las instituciones del Estado. Un campesino manifestó que «allá todos tenemos que vivir de la coca. El año pasado (1990) sembramos maíz y la cosecha se perdió porque valía más el transporte que lo que pagaba el Idema».⁸⁶

Aquí como en otros poblados las guerrillas juegan un rol muy importante entre el Estado, los colonos, el desarrollo económico y la regulación del orden político. «La guerrilla es prácticamente la dueña de la zona rural» pues la acción del gobierno es muy «tímida ante los problemas del Guaviare» sostuvo el obispo de la zona.⁸⁷

Digamos finalmente que la coca no solo expresa una vinculación teórica con las economías de ciclo corto, que han sido tradicionales en la historia de América Latina. Estas no han dejado únicamente soledad para que se reproduzca en el trópico el analfabetismo, la insalubridad y otros factores de atraso. Las condiciones sociales y políticas le han impreso al desarrollo de estos productos ambientes de paz y de violencia que difieren en una y otra región, y en uno y otro tiempo. El caucho se extrajo sobre formas de esclavitud y servidumbre y el tabaco sobre la expropiación de pequeños tenedores.

El carácter clandestino de la coca le ha impreso un grado mayor de violencia que ha encontrado en la sociedad colombiana condiciones apropiadas para su desarrollo y expansión. Si en Perú y Bolivia la coca puede respaldarse sobre la fuerza histórica de su producción y consumo, en Colombia la coca se respalda esencialmente sobre la fuerza histórica de una violencia endémica. Aquí se ha generado un mundo marginado que lucha por sobrevivir en los bordes de los espacios rurales y urbanos. Sin opciones de empleo y de rentas vitales

86.- *El Tiempo*, Bogotá, 14 de julio de 1991, pág. 1B, JOSE R. NAVIA «Guaviare: la gran tenaza de la coca» *cit.*

87.- *Ibid.*

estas clases han tenido que aferrarse subterráneamente a la economía nacional.

La lección que sacamos de estos hechos es que la coca como producto factible de ser transformado en cocaína no genera miseria ni violencia por el solo hecho de moverse en los circuitos ilegales en que se mueve. Si fuera así, otros países productores de coca reproducirían los cuadros de terror de Colombia. No hay que olvidar que otros productos como el tabaco o el caucho crearon cuadros sociales similares. Lo mismo puede decirse de la quina y el añil que solo dejaron grupos de empresarios enriquecidos. Cosa similar ocurrió con el guano en el Perú. Los efectos deformantes sobre la sociedad no pueden explicarse por la legitimidad o ilegitimidad de cultivar, extraer y transformar un producto. Todos los productos de ciclo corto, nos han dejado a grupos exportadores enriquecidos capaces de invertir en sectores dinámicos de la sociedad latinoamericana. Algunos cultivadores de marihuana terminaron transfiriendo sus ganancias al cultivo del café y las fincas de marihuana terminaron siendo fincas cafeteras⁸⁸. El guano invirtió en el azúcar, la quina en armas para las guerras civiles y la coca en ganadería, en construcción y en finanzas.

Como contrapartida tales productos arruinaron aquellas regiones en donde floreció su explotación y su transformación. Incluso crearon profundas alteraciones ecológicas. El procesamiento de la coca contribuye a la contaminación de los ríos pero, contradictoriamente como en el Vaupés, permitió que los cazadores de pieles de animales salvajes dejaran el oficio para trabajar en actividades más rentables y que ciertas especies salvajes tuvieran un respiro frente a los buscadores de pieles.

Entonces lo que se encuentra en el trasfondo de todas estas economías, es la necesidad de estudiar el carácter de nuestro capitalismo dependiente y la naturaleza de nuestras economías dispuestas siempre a satisfacer demandas externas. Un capitalismo periférico que se nutre de una sociedad pauperizada, que ve en los espejismos del mercado exterior inmensos oasis de esperanzas. Esta actitud cultural, que ha creado el colonialismo, nos coloca frente a la aventura de participar de todo tipo de ventajas comparativas sin reparar en

88.- Anif *Marihuana...* cit. pág. 140.

aspectos relativos al ordenamiento social ni en consideraciones humanas de ningún género para conseguirlo. La lógica del capital en América Latina no solo ha engendrado y engendra riqueza y miseria sino deformaciones y violencia.

La coca y la fuerza histórica de nuestra violencia

Se supone, sobre todo en Europa, los Estados Unidos y ciertos sectores de América Latina y de Colombia que toda nuestra violencia proviene del llamado «narcotráfico». Queremos demostrar que la violencia promovida por estos sectores emergentes de nuestra economía y sociedad genera, por su misma naturaleza, unos niveles de conflicto que son dimensionados por otras formas de violencia provenientes de otros grupos de la sociedad colombiana.

A su vez estos grupos encuadrados en un clima de violencia histórica ven dimensionadas sus acciones por la violencia del «narcotráfico». En otras palabras tanto la violencia vigente en Colombia como la violencia que incorpora el desarrollo de la producción y comercio de la cocaína han colocado a Colombia en la encrucijada de aceptar que no es viable para el Estado imponer un control social y en consecuencia generar un clima de paz aceptable dado el carácter de ilegitimidad política en que se fundamenta.

El ejército, los guerrilleros, los paramilitares, las autodefensas y los sicarios han creado una red de interacciones tan conflictivas que han puesto en evidencia la debilidad del Estado colombiano y la necesidad de generar un clima de consenso y tolerancia mediante nuevos pactos políticos que incluyan a todos los grupos enfrascados en esta guerra sucia. Los acuerdos de paz, la convocatoria a una constituyente, los decretos de sometimiento de los empresarios de la coca surgen como condiciones previas al éxito de una política de apertura económica predicada por el Estado colombiano, apertura que incluye por supuesto la libre circulación de divisas, incluidas las que generan todos los sectores subterráneos de nuestra economía. Es este juego de ajedrez que mezcla economía y política lo que intenta Colombia como experimento para allanar las avenidas de una paz que se perdió hace medio siglo.

Colombia vive, especialmente, desde 1948 una de las mayores sangrías de América Latina y del mundo⁸⁹. Iniciada como una guerra «revanchista» del Estado colombiano contra organizaciones campesinas⁹⁰ y por extensión contra los partidos de oposición al gobierno, mas de un cuarto de millón de personas inocentes fueron víctimas, entre 1948-64, del odio de un Estado que utilizó todos los métodos posibles de sus aparatos represivos para llevar a la práctica el principio de exterminio sistemático «a sangre y fuego», como lo sentenció un connotado político colombiano.⁹¹

La consiguiente secuela de desorden social y mental que produjo la matanza⁹² es lo que hoy nos queda como patrimonio político y como secuela de vicios. Una iglesia que acude a las armas para restaurar la fe de Cristo⁹³. Más de dos millones de personas emigradas⁹⁴, ciudades hinchadas de barriadas⁹⁵, habitadas por el resentimiento en donde reposan retazos de familias que huyeron del terror⁹⁶. La frontera agraria se abrió como esperanza de tal modo que entre 1960 y 1980, fueron colonizadas 3.4 millones de hectáreas por 1.1 millón de personas que nunca vieron arribar al Estado con ninguno de sus

89.- *Colombia: Violencia y Democracia*. Universidad Nacional, Bogotá, 1988; H. TOVAR PINZON, *El movimiento campesino en Colombia*, Bogotá, 1975. Aún no existe un estudio riguroso sobre la criminalidad en Colombia que de cuenta especialmente de todos los muertos desde 1948. Los desacuerdos se originan en las mismas fuentes oficiales. Sobre esto cf. RODRIGO LOSADA LORA Y EDUARDO VELEZ BUSTILLO, con la colaboración de Teresa Tono, *Muertes violentas en Colombia 1979-1986*, Instituto Ser de Investigación, Bogotá, 1988.

90.- GLORIA GAITÁN, *Colombia: La lucha por la tierra en la década del treinta. génesis de la organización sindical campesina*, Bogotá, 1976.

91.- PAUL OQUIST, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, 1978; G. SANCHEZ et alter, *Once ensayos sobre la Violencia*, Bogotá, 1985; CARLOS MIGUEL ORTIZ S., *Estado y subversión en Colombia: la violencia en el Quindío años 50*, Bogotá, 1985.

92.- GONZALOCANAL RAMIREZ, *Estampas y testimonios de Violencia*, Bogotá, 1966.

93.- CHRISTHOPHER ABEL, *Política, Iglesia y Partidos en Colombia*, Bogotá, 1987; GERMAN GUZMAN CAMPOS, *Camilo: Presencia y destino*, Bogotá, 1967.

94.- RAMIRO CARDONA G. (Editor), *Las migraciones internas*, Bogotá, s.f.

95.- ASCOFAME, *Urbanización y marginalidad*, Bogotá, 1968.

96.- URBANO CAMPO, *Urbanización y Violencia en el Valle*, Bogotá, 1980.

servicios básicos⁹⁷. Entre 1950 y 1987 la frontera agraria colombiana pasó de 19 a 34 millones de hectáreas lo que corresponde a un crecimiento del 2.1% anual, mientras que el Brasil se expandió al 1.6%, y Chile al 0.1%⁹⁸. La estructura agropecuaria colombiana cambió en un proceso que ha involucrado a millones de gentes que giran de un lado a otro del territorio, abierto casi siempre bajo el signo de la frustración y de una pertinaz violencia. Todos estos cuadros personales, familiares y colectivos de la ciudad y el campo colombianos, han cobrado la atención de políticos, artistas, escritores, músicos y poetas que, al sentirse inmersos en la realidad colombiana y latinoamericana, han tenido que asumir esta vergüenza que eufemísticamente llamamos la «Violencia» en Colombia.⁹⁹

En ese escenario violento se engendró otro monstruo. Después de 1964, guerrilleros y perseguidos de todo tipo de las guerras campesinas de los años 50, sufrieron un proceso de reconversión ideológica como consecuencia de la revolución cubana. A ellos se unieron caminantes de esperanzas y soñadores de heroísmos dispuestos a incendiar los Andes colombianos, sustituir al Estado y a la clase responsable del genocidio posterior a 1948. Estudiantes, líderes sindicales, campesinos y obreros se aprestaron a combatir todo lo que fuera «establecimiento» para construir un universo más justo para los colombianos.¹⁰⁰

Esta guerra de la izquierda colombiana ha llegado hasta las orillas de nuestros días cuando soñamos con la paz. Su historia, que constituye un capítulo más de la historia moderna de Colombia, está llena

97.- MYRIAM JIMENO S., "Los procesos de Colonización: Siglo XX", en *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, 1989, tomo III, pág. 389.

98.- JESUS A. BEJARANO, "El todo y las partes: a propósito de los vínculos entre historia nacional e historia regional", en Instituto Colombiano de Cultura *Contra el caos de la desmemoriación*, Bogotá, 1990, pág. 206.

99.- GONZALO SANCHEZ y D. MEERTENS, *Bandoleros gamonales y campesinos: el caso de la Violencia en Colombia*, Bogotá, 1983; JAMES HENDERSON, *Cuando Colombia se desangró: Un estudio de la violencia en metrópoli y provincia*, Bogotá, 1984.

100.- JESUS A. BEJARANO, "Campesinado, luchas agrarias e historia social: Notas para un balance historiográfico", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Universidad Nacional, Bogotá, 1983, N° 11, págs. 251-304; RICHARD GOTT, *Guerrilla Movements in Latin America*, New York, 1972, págs. 223-304.

de pasiones, críticas y autocríticas. En la década de 1964-74, su guerra estuvo dominada por la intransigencia, la intolerancia, el fanatismo y el disenso. Entre 1974 y 1984, vino la autocrítica, la distensión, y la aparición de nuevas fuerzas capaces de practicar el consenso, de desfanatizar los espíritus y de proponer acuerdos de cese al fuego, alternativas de paz, en un juego que combinaba la ciudad y el campo, la guerra y el desarme, el proyecto político y la vía militar, el sindicalismo y la participación informal, la participación de base y la formación de las vanguardias¹⁰¹. En parte esto fue lo que significó el M-19 para la izquierda colombiana.

En los últimos 15 años, más o menos, se unieron a la guerra guerrillera otros actores que fundaron sus frentes ubicados a la derecha y que junto al Estado comenzaron a dibujar un cuadro de guerra sucia y sin cuartel. Guerra y paz parecen confundirse en un mapa de oscuras masacres que sumen a Colombia en un baño interminable de sangre. Por fortuna la experiencia armada de la izquierda intenta culminar con todas las armas fundidas en esculturas modernas, en un culto al diálogo y en la conversión de sus convicciones en fuerza política capaz de contribuir a reorganizar el Estado nacional.¹⁰²

Estos pasos de normalización dados por la izquierda en su guerra contra el Estado no pudieron impedir que se consolidara un nuevo poder que complicaba el panorama de la vida diaria colombiana: la ultraderecha. Esta fuerza encuentra sus posibilidades de actuar en esta guerra sin cuartel cuando la izquierda parece alcanzar el punto culminante de su popularidad. Después de 1978 se fortalece y hace de los paramilitares y de las auto-defensas campesinas las fuerzas de choque en el campo y en la ciudad¹⁰³. Es en este poder y en medio de un conflicto armado de muchos años en donde se enquistan los empresarios de la coca para contribuir con su guerra a la pacificación de Colombia. Siempre, tanto la izquierda como el Estado y la derecha han aspirado a construir la paz en Colombia negando a sus contrarios. Solo la negación de esta verdad podrá abrir nuevos caminos políticos para Colombia.

101.- OLGA BEHAR, *Las guerras de la paz*, Bogotá, 1965.

102.- *El Tiempo*, Bogotá, 7 de marzo de 1990.

103.- CARLOS MEDINA G., *Auto-defensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia: Origen, desarrollo y consolidación. El caso de «Puerto Boyacá»*, Bogotá, 1990.

En medio de esta diversidad de actores es donde surge el poder del «narcotráfico» terciando a favor de la fuerza pública y de la ultraderecha económica. La historia de los *sicarios* y de las *autodefensas* merecen un reconocimiento histórico pues una y otra institución se hallaban enquistadas en la larga guerra colombiana. El sicariato que se puso de moda en la última década, no constituye entonces una novedad para Colombia. El uso de fuerzas groseras para asesinar a oscuras y por la espalda, o por un salario había estado de moda en los años 60 contra militantes y simpatizantes de izquierda¹⁰⁴. En los años 50 este mecanismo estuvo encarnado en los famosos «pájaros», delincuentes comunes que trabajaban a sueldo o por razones ideológicas.¹⁰⁵

Esta fuerza de choque esencialmente urbana ha ido evolucionando en Colombia. Mas la diferencia entre aquellos famosos «pájaros» y los «sicarios» de hoy radica en dos hechos fundamentales: en primer lugar la ruptura de los sicarios con sentimientos y adhesiones ideológicas y, en segundo lugar el surgimiento de un eslabón de dependencia personal, del *sicariato*, con la consiguiente volatilización de la ideología. Frente a la dependencia del *pájaro* de un directorio político o de un partido, el *sicario* depende de la voluntad y la esfera mental de un individuo o grupo de individuos que hacen prevalecer sus intereses al momento de ordenar el asesinato. A su vez, la diferencia entre estos «pájaros» y «sicarios» con los componentes de las fuerzas «paramilitares» de los años 60 radica en la fuerte dosis ideológica anticomunista que los guiaba y en la dependencia oculta de poderes militares. Característica que sigue siendo propia de los *paramilitares* hoy día.

Si los «pájaros» actuaban en nombre del partido de Gobierno y del mismo Estado, los «paramilitares» actuaban y actúan en nombre de unos principios vagos, propios de la sociedad tradicional, de la seguridad nacional y que ellos creen y han creído defender. Entre tanto los «sicarios» de hoy actúan en nombre de quien más pague para matar. «No nos importa a quién hay que darle; el caso es que hay que acostarlo. Muchas veces uno no sabe a quien le va a dar. Después es que uno se entera, casi siempre por las noticias de la radio:...», era lo

104.- *Libro negro de la represión: Frente Nacional 1958-1974*, Bogotá, 1974.

105.- DARIO BETANCURT y MARTHA L. GARCIA, *Matones y cuadrilleros: origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano*, Bogotá, 1990.

que confesaba el jefe de una banda de sicarios, un muchacho cuya edad oscilaba entre 15 y 18 años, en un día de 1990.¹⁰⁶

Estos personajes tenebrosos de todas nuestras violencias ha tenido como característica histórica la de disparar hacia los liberales en los años 50, en los años 60 y 70 tiraban solo hacia la izquierda y en los años 80 hacia todo lugar y hacia todo ser humano. Este carácter indiscriminado del crimen es el que va a tocar a la clase política y a sectores que antes permanecían indiferentes a la masacre y a la represión, o a quienes habiendo patrocinado la violencia se pensaban inmunes a la misma.

En tanto que la lucha bipartidista, es decir, la confrontación entre liberales y conservadores ha cesado en Colombia, el paramilitarismo, los sicarios, las autodefensa y otras formas de grupos de justicia privados, se han fortalecido. A ello ha contribuido la presión de las fuerzas de izquierda y el sentimiento de grupos emergentes nacidos en el mundo de la economía informal, y que se han visto precisados a practicar su propia defensa ante la incapacidad del Estado para hacerlo, sobre todo por constituir grupos que al ser criminalizados por la sociedad han tenido que practicar su propia justicia tal como ocurre con los empresarios de la cocaína, los esmeralderos y los contrabandistas.¹⁰⁷

La ultraderecha ha fundamentado su razón política sobre una ideología anticomunista la cual le ha permitido aliarse con el Estado, con el ejército y con los sectores más conservadores de la sociedad. Incluso los Estados Unidos veían complacientes el enraizamiento de este poder en Colombia. En este juego de crímenes e impunidades las comunidades campesinas no estuvieron exentas de ser movilizadas, utilizadas y uniformadas en bandos liderados por ideologías de distinto matiz. El proceso de conversión de la población civil en fuerza de choque por medio de «auto-defensas» campesinas provino de la presión de las guerrillas que con su política de secuestros, boleteos y chantajes amilanaba a ganaderos y terratenientes. Enrique Santos Calderón, columnista de *El Tiempo*, afirmaba que «a un

106.- *El País*, Madrid, 1 de abril de 1990, Sección Domingo, pág. 3.

107.- AUGUSTO J. GOMEZ, "Los pájaros, los sicarios y los paramilitares: los grupos de justicia privada o la privatización de la violencia oficial...", (ms., Universidad de Florida, Gainesville, mayo de 1990).

enemigo no convencional no se puede enfrentar con métodos convencionales. Hay que volverse como él. No dar la cara. Golpear desde la oscuridad», en un tácito apoyo a los movimientos de autodefensa¹⁰⁸. Lo extraño aquí no era el apoyo sino los métodos a emplear.

Sin embargo, es necesario reconocer que las «auto-defensas» se constituyen en el primer movimiento moderno campesino de derecha en Colombia. Un informe de televisión afirmaba que en el Magdalena Medio alcanzaban a ser 100 mil hombres en 1988. Organizadas sobre parámetros ideológicos anticomunistas expresan también sentimientos de defensa económica y de oposición a las formas de violencia empleados por la guerrilla colombiana. La organización de las comunidades en «autodefensas» no fue propio de la derecha. En los años 50, los conservadores y liberales armaron a los campesinos en sus veredas para defenderse y atacarse unos a otros. Incluso se formaron poderosos movimientos guerrilleros que amenazaron con desbordar los proyectos del partido liberal¹⁰⁹. Los hacendados movilizaron sus peones para defender sus patrimonios y sus propias vidas en los tiempos del bandolerismo de finales de los 50 y principios de los 60¹¹⁰. Fue la izquierda la que movilizó campesinos en comunidades de autodefensa en los años 60 y 70, e incluso quisieron promover movimientos de autodefensa en zonas de colonización, las cuales terminaron por convertirse en una fuerza de derecha.

A su vez, la ley 48 de 1968 autorizaba movilizar la población hacia actividades conducentes a «restablecer la normalidad» y el artículo 33 de dicha ley facultaba al ministro de Defensa para entregar armas «de uso privativo de las fuerzas armadas» a autodefensas campesinas. En 1987 el ministro de defensa amparado en la ley recordaba que «... la organización entrenamiento y apoyo a la autodefensas debe ser un objetivo permanente de las fuerzas militares en la medida en que son leales y se manifiestan como en contra del enemigo». Solo en 1989

108.- *El Tiempo*, Bogotá, 12 de marzo de 1989, págs. 4A-5A, citado en Tribunal Permanente de los Pueblos, *Proceso a la impunidad de Crímenes de lesa humanidad*, Bogotá, 1990, pág. 497.

109.- EDUARDO FRANCO ISAZA, *Las guerrillas del Llano*, Bogotá, 1959.

110.- EDUARDO PIZARRO LEONGOMEZ, "Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966)", en *Análisis Político*, Universidad Nacional, Bogotá, mayo a agosto de 1989, N° 7, págs 7-31.

el gobierno decidió liquidar estas organizaciones pero su poder era tan grande que no ha sido posible su desmovilización.¹¹¹

La postura de quienes legitiman sus guerras desde las trincheras de sus propios interés ha contribuido a que el Estado, apoyado en su ejército no vacile en violar el derecho de gentes, y los derechos humanos que en Colombia han pendido siempre de un hilo¹¹². Ante la represión estatal y el avance de las fuerzas de izquierda el Estado defendió la tesis de que era necesario que los ciudadanos se armaran para asumir su propia defensa, pues el Estado apenas podía garantizar la vida de sus representantes.¹¹³

Impotente para desmovilizar la protesta popular, tanto el presidente Turbay como su ministro de Defensa creyeron que con la guerra podían desovillar toda la fuerza guerrillera de la izquierda. Pero los resultados fueron opuestos. De un lado consolidaron la lucha armada de los civiles reclutados en la izquierda y en la derecha. Los grupos paramilitares se habían fortalecido con el apoyo de verdaderos ejércitos de campesinos. Las autodefensas del Magdalena Medio «le declararon la guerra a las FARC y lograron sacar de la zona a los frentes XX, XI, XXIII, XXII y IX de las FARC» pues esta agrupación guerrillera se convirtió en su principal enemigo.¹¹⁴

Sin embargo, no hay que desdeñar a estos movimientos de autodefensa de masas que actúan contra la violencia revolucionaria. Su formación a la derecha refleja la complejidad del conflicto colombiano y la necesidad de un estudio sistemático de estas formas de organización campesina.

111.- AMERICAS WACHT, *La guerra contra las drogas en Colombia*, Bogotá, 1991, págs. 23-31. En la fecha, 13 de agosto de 1991 las autodefensas del Magdalena Medio intentan negociar su desmovilización y la entrega de armas.

112.- Tribunal Permanente de los Pueblos, *Proceso a la impunidad de crímenes de lesa humanidad*, Bogotá, 1989, en donde se denuncian los mecanismos de impunidad que se cobijan tras el fuero militar y el silencio de la prensa colombiana respecto a graves crímenes.

113.- *El Tiempo*, Bogotá, 23 de julio de 1991, pág. 1C, «Desarmar a la población civil». El alcalde de Bogotá demostraba su preocupación por que en los dos últimos años la industria militar había entregado a la población civil más de un millón doscientas mil armas, muchas de las cuales se emplean en las mal llamadas «operaciones de limpieza»

114.- *El Tiempo*, Bogotá, 21 de julio de 1991, pág. 21A.

Hasta hoy siempre se ha alabado la autodefensa de masas contra la violencia reaccionaria pero los procesos políticos colombianos han permitido generar fuerzas contrarias que se defienden ahora de la llamada fuerza revolucionaria.

En este contexto, abarrotado de intereses en torno a guerras personales y locales, es en donde surge una alianza entre los empresarios de la coca, como inversionistas en ganadería y en agricultura, con hacendados de regiones infestadas de guerrillas. El MAS (muerte a secuestradores) sería la primera fuerza de choque, a nivel local, con objetivos políticos claros, después de que múltiples grupos paramilitares hubieran estado actuando por sus propios medios contra militantes de izquierda. Tras estos grupos el ejército actúa solidariamente mientras el gobierno consiente esta guerra. Un periodista observador del fenómeno escribía que entre 1987 y 1989: «El ejército y los terratenientes alentaron la hostilidad entre los narcos y la guerrilla, y la utilizaron para apuntarse al lado de los anticomunistas. Organizaciones paramilitares, grupos de autodefensa financiados por la mafia florecieron de repente en las zonas más conflictivas. El anticomunismo unía entonces a la mafia y al Estado, representado por el ejército en las regiones del interior» de Colombia.¹¹⁵

En el Urabá una vez las guerrillas del Ejército Popular de Liberación entregaron sus armas y se convirtieron en el movimiento político Esperanza, Paz y Libertad, las «auto-defensas» cesaron su guerra, crearon una Fundación para la paz de Córdoba (Funpazcord) a través de la cual realizan una singular reforma agraria ya que su objetivo es «propiciar un clima de pacificación y de justicia en la tenencia de la tierra en regiones de Córdoba y Urabá»¹¹⁶. En la entrega de la tierra de la Hacienda de las Tangas, el mismo ex-dirigente del E.P.L. manifestó que «si adoptamos una táctica de retaliaciones, estaremos perpetuando la violencia de un laberinto sin fin de asesinatos y rencores»¹¹⁷. Desde su fundación, el 14 de noviembre de 1990, Funpazcord «ha entregado 18 mil hectáreas en Córdoba, Segovia, Amalfi, San Carlos y Urabá»,¹¹⁸ las mismas regiones que fueron escenarios de su guerra. Precisamente

115.- *El País*, Madrid, 10 de septiembre de 1989.

116.- *El Tiempo*, Bogotá, 22 de julio de 1991, pág. 10C.

117.- *El Tiempo*, Bogotá, 13 de agosto de 1991, pág. 8B.

118.- *El Tiempo*, Bogotá, 22 de julio de 1991, pág. 10C.

la hacienda de las Tangas dio origen al grupo paramilitar *Los Tangueros* y en sus predios se encontraron fosas con unos 20 cadáveres identificados por sus familiares «como pertenecientes al grupo de 42 campesinos que habían sido secuestrados en Pueblo Bello (Antioquia)»¹¹⁹.

Funpazcord cuenta con un capital inicial de mil millones de pesos (1.600.000 dólares). Con la tierra entrega a sus beneficiarios un sueldo de 3.500 pesos semanales (6 dólares en octubre de 1991) y «un mercado semanal para el mantenimiento hasta que empiecen a recibir los frutos del trabajo», otorga y créditos a cada campesino por 400 mil pesos (660 dólares) «con un interés de 1%» anual. Cuando el predio empieza a producir el campesino deberá empezar a abonar el crédito a la Fundación¹²⁰. En la entrega de las tierras de las Haciendas de Las Tangas, Jaraguay, Pasto Revuelto, Santa Mónica y los Campanos cada familia campesina recibió 8 hectáreas de tierra¹²¹. Estas tierras con 16.630 hectáreas están situadas en jurisdicción de Montería, Valencia y Villanueva y benefició a 1.500 familias e indirectamente a 3.000 más.¹²²

Cerca de 3.000 campesinos han sido beneficiados por Fidel Castaño quien dirigiera las «autodefensas» en la región y quien fuera acusado de las masacres en las fincas de Honduras, La Negra, Las Tangas y Puerto Bello y que conmovieron a la opinión nacional y mundial por la brutalidad con que se realizaron. Fidel Castaño condenado a 20 años de prisión es ahora el benefactor de miles de campesinos¹²³. Pero el surgimiento de estos personajes contradictorios en la guerra y en la paz, demuestran la incapacidad del Estado por ofrecer alternativas concretas a los problemas que enfrenta la sociedad colombiana en zonas de conflicto. Estos dirigentes campesinos, símbolo del héroe y del benefactor no solo son una creación de nuestra sociedad sino de las fuerzas del capitalismo que en el fondo iluminan sus guerras y sus sueños de paz. Como lo sostuvo el obispo de Urabá

119.- *El Tiempo*, Bogotá, 9 de agosto de 1991, pág. 8A.

120.- *El Tiempo*, Bogotá, 22 de julio de 1991, pág. 10C.

121.- *El Tiempo*, Bogotá, 13 de agosto de 1991, pág. 8A.

122.- *El Tiempo*, Bogotá, 9 de agosto de 1991, pág. 8A.

123.- *El Tiempo*, Bogotá, 13 de agosto de 1991, pág. 8B.

«El camino de la paz se construye a partir del perdón y la reconciliación» y la entrega de tierras «constituye una luz de esperanza para las gentes pobres de Urabá»¹²⁴. Este espíritu permite también que el Comandante del antiguo E.P.L sea candidato para el Congreso en alianza con el presidente de la Asociación de Ganaderos de Córdoba, dos fuerzas opuestas, salidas de distintas trincheras y que ahora solo aspiran a «superar la violencia».¹²⁵

El mismo gobierno israelí ha ofrecido ayuda y «capacitación tecnológica en modelos de cultivos» a esta Fundación que tiene una serie de programas de reforma agraria integral, incluidos programas de educación y vivienda y se propone exportar 30 mil toneladas de frutas frescas, con la colaboración «de comercialización de la Empresa Bananos de Colombia (Banacol)».¹²⁶

La formación de los ejércitos privados no es entonces una decisión espontánea y malvada de los comerciantes del alcaloide. Autónomamente a la violencia que introducen estas economías de altos niveles de comercialización y expectativas en las sociedades deprimidas, la región ofrecía una condiciones de violencia que estimularon el clima de inseguridad y fuerza que es propio del capital en zonas de frontera. Si la coca fuera capaz de promover la violencia vivida en Colombia, Bolivia y Perú, Brasil y Ecuador estarían envueltos en conflictos similares. La naturaleza de nuestros conflictos, nuestra especificidad es lo que hace desigual los desarrollos de los países de latinoamérica.

El sicariato tampoco es un invento del alcaloide como se ha hecho creer. Una y otra fuerza de choque, responden a condiciones políticas creadas por el Estado colombiano en su lucha anticomunista. El esfuerzo de las administraciones Betancurt y Barco por desmontarlas recurriendo a la fuerza y a la violencia, constituyó más un ejercicio de traición a sus aliados de antes que el producto de un análisis cuerdo

124.- *El Tiempo*, Bogotá, 22 de julio de 1991, pág. 10C.

125.- *El Tiempo*, Bogotá, 23 de julio de 1991, pág. 6A, «desarmarse no se negocia, se decide». Bernardo Gutiérrez antiguo comandante del EPL, sostiene además que «el gesto realizado por Fidel Castaño con la desmovilización de sus estructuras y con la entrega de las tierras es un punto sustancial, para superar la violencia».

126.- *El Tiempo*, Bogotá, 9 de agosto de 1991, pág. 8A; *El Tiempo*, Bogotá, 11 de agosto de 1991 y *El Tiempo*, Bogotá, 13 de agosto de 1991, pág. 8B.

de los componentes violentos de nuestra sociedad¹²⁷. De un análisis de 3.211 asesinatos en 1989, el 60% se atribuyeron a factores políticos, 21% a acciones bélicas, 11% a crímenes por «limpieza social» y solo el 6% al narcotráfico. La muestra ha dejado por fuera 4.035 asesinatos «oscuros» y refleja la complejidad del crimen y de las fuerzas que operan bajo este agitado mar de sangre que hay que observar en un prisma y no bajo el único cristal de la droga¹²⁸. Por ejemplo, los crímenes por «limpieza social» apenas parecen preocupar a unos pocos. Como escribía un columnista de un periódico colombiano, «Los desechables, gamines, harapientos, mendigos y cartoneros asesinados en Colombia en los últimos siete años pasan de cinco mil y a usted y a mí eso nos ha importado muy poquito. ¿Será que usted y yo somos los desechables del mañana?»¹²⁹. En los 6 primeros meses de 1991 en las ciudades de Colombia habían sido asesinados más de 500 «desechables» mientras dormían o cargaban la sucia soledad de su abandono¹³⁰.

Tenemos entonces que una población educada en tantas violencias no puede menos que asistir con asombro a las formas más inesperadas del crimen. La cotidianidad de asesinatos, homicidios, genocidios y etnocidios terminaron por insensibilizar a la sociedad colombiana, por individualizarla y reducirla a las convenciones de sus propias ideas y visiones como síntomas de una impotencia de no poder actuar. Al menos un millón de homicidios en los últimos 50 años y, 15 a 20 mil asesinatos políticos promedio en los últimos dos años, contribuyen a profundizar y a mantener la crisis de valores que nos alejó de la justicia, del respeto mutuo, de la solidaridad y del Estado.

Las razones sociales eran profundas pues el Estado había llevado sus caravanas de guerreros para exterminar campesinos, los jueces de

127.- EDUARDO MATYAS C., "Desbalance paramilitar", en *Cien días vistos por Cinep*, Bogotá, enero-marzo, 1990, vol. 3 N° 9, págs. 12-13. Hasta estos meses las medidas legales para desmontar a los paramilitares y movimientos de autodefensa se mostraban insuficientes.

128.- *Cien días vistos por Cinep*, Bogotá, enero-marzo, 1990, vol. 3 N° 9, págs. 14-15.

129.- *El Tiempo*, Bogotá, 17 de julio de 1991, pág. 4A, PONCHO RENTERIA «Los Desechables».

130.- *El Tiempo*, Bogotá, 22 de julio de 1991, pág. 3A.

la república se pusieron al servicio de los aparatos criminales en contra de los ofendidos y la iglesia repartía escopetas y fusiles mientras verbalizaba contra el comunismo y contra los rojos como si fueran los fiscales de Dios en un tribunal apocalíptico. De estos tres hechos surgió en Colombia una ruptura ideológica con los partidos tradicionales, con la idea de justicia y con la iglesia que había sufrido el abandono de Dios. Llenar esta sensación de vacío, volver a reconstruir la confianza en los jueces, devolverle la legitimidad al Estado fue lo que buscaron terceros partidos, organizaciones de izquierda, las nuevas iglesias y los que siempre creímos que la justicia es el origen de toda paz.

Estos factores de disturbio social y político estuvieron unidos a problemas económicos que contribuyeron a hacer más grande la zanja de nuestros desequilibrios. Primero la pérdida de miles de parcelas, de capital acumulado y la conversión en desempleados urbanos de familias desgajadas y desterradas por la persecución galopante en las provincias. En medios físicos hostiles, unos comenzaron a abonar un espacio para actividades oscuras e ilegales. Otros fueron a las fronteras a sobrevivir, los menos a los servicios domésticos y/o servicios del Estado, y los muchos como obreros de la construcción y de las actividades urbanas propias del empleo oculto. Otros más, en esta oferta creciente e ilimitada de su fuerza de trabajo, engrosaron los cuerpos de la delincuencia, del contrabando, del tráfico de esmeraldas y de la prostitución¹³¹.

La economía informal se abrió paso para que, entre 1970 y 1978 el 45% de los nuevos puestos generados en Colombia se produjeran en tal sector¹³² y que hacia la década del 80, el 51% de la población económicamente activa viviera del empleo oculto¹³³.

La economía agraria crecía en regiones cafeteras como el Viejo Caldas y allí donde se generó una alta inversión de capital como el

131.- SATURNINO SEPULVEDA, *La prostitución en Colombia: Una quiebra de las estructuras sociales*, Bogotá, 1974.

132.- MARTHA LUZ HENAO y OLIVA SIERRA, *Empleo, desempleo y dinámica regional*, Medellín, 1984, pág. 81.

133.- "Situación Social en Colombia", en *Coyuntura Social*, Bogotá, Fedesarrollo, diciembre 1989, págs. 69-70.

Tolima, el Valle del Cauca y algunas zonas de la costa atlántica¹³⁴. En estas regiones contradictoriamente se concentraba la violencia más dura de los años 50 y de los años 60. Parece como si el capitalismo en Colombia se fortaleciera sobre una política sangrienta de exterminio social. La región de Urabá que ha desarrollado una economía de exportación de bananos lo ha hecho sobre un baño de sangre. Las zonas de inversión de capitales provenientes del negocio de la coca son las zonas más conflictivas y criminales de Colombia. Según Fedelonjas, entre 1979 y 1988,

«los traficantes habrían comprado tierras e inmuebles por un valor estimado de US\$ 5.500 millones y entre ellas cerca de un millón de hectáreas en zonas de Córdoba, Magdalena Medio, Norte de Antioquia, Caquetá, Meta, Sucre, Atlántico, Riberas del Cauca Antioqueño y Casanare, y que la mayoría de ellas se encontraban en zonas ricas en las que las guerrillas habían situado sus centros de acción...»¹³⁵.

Entonces no es únicamente el negocio de la droga el que genera violencia en Colombia. Lo que ocurre es que la fuerza de su riqueza ha encontrado un clima contaminado en donde practicar su propia justicia para entrar en el juego de otras fuerzas económicas que en el pasado han actuado del mismo modo. El sustrato de violencia del mundo informal de nuestra economía y sociedad contribuyó a dimensionar la capacidad criminal de este sector a la vez que los viejos actores del conflicto, ante las perspectivas de un nuevo horizonte de violencia, vieron dimensionados sus actos de fuerza.

No es pues la entrega de un carnet de «criminalización» lo que hace peligrosa la cocaína. Ella es igual a otras economías en las que la naturaleza del capitalismo con sus procesos de transformación y modernización es capaz de engendrar desgarramientos sangrientos en la periferia.

134.- SALOMON KALMANOVITZ, *Desarrollo de la agricultura en Colombia*, Bogotá, 1978.

135.- LEONARDO ROJAS R., *Narcotráfico... cit.*, pág. 127.

Conclusiones

Hemos querido llamar la atención sobre la importancia histórica de la coca en la formación de espacios económicos en América Latina. Hasta 1975 la coca estuvo ligada esencialmente a mercados internos y después de este año a mercados internacionales gracias a la industrialización de la hoja de coca que se transforma en cocaína. En este proceso de transformación la industria química de los países desarrollados juega un papel fundamental en el éxito de este mercado.

La cocaína se convierte en un nuevo producto de exportación que se produce, como las economías de ciclo corto de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en zonas periféricas introduciendo múltiples deformaciones al interior de las sociedades a las cuales seduce con los encantos de un enriquecimiento fácil. Al ingresar en poblaciones aisladas del control del Estado la justicia privada encuentra mecanismos de desarrollo y operatividad. Esta violencia propia de estas economías de exportación de ciclo corto, adquiere en Colombia dimensiones muy particulares como consecuencia del clima de violencia que caracteriza a la sociedad. Violencia que contribuye a hacer más cruel la criminalidad que practican estos poderosos señores del alcaloide. Aquí la industria armamentista encuentra un mercado más a sus productos.

Los aspectos generales analizados sobre el impacto del mercado de la cocaína en localidades del Amazonas y de los Andes no implican que la economía en su conjunto no hubiera derivado una serie de beneficios conforme lo han demostrado los economistas encargados de analizar el fenómeno. Las simples inversiones en construcción, en finanzas, en ganadería, en cultivos de coca, así como en trasportes y servicios han generado un alto volumen de empleo. Se ha dicho que un 3% de la fuerza laboral colombiana, unos 250.000 empleos dependerían de esta economía negra¹³⁶. Pero el negocio de la cocaína es solo un componente de la economía ilegal que opera paralelamente

136.- S. KALMANOVITZ, "La economía del narcotráfico en Colombia", en *Economía Colombiana*, Bogotá, 1990, pág. 21.

en Colombia, contribuyendo a la generación de divisas y al desarrollo nacional¹³⁷.

El impacto ha sido mucho más notable desde el punto de vista de la estabilidad de nuestra economía nacional. Cuando se ha querido negar tal hecho lo que se hace es dimensionar su influencia¹³⁸. Basta con leer lo que concluye un economista después de analizar el impacto de las divisas que genera el negocio de la cocaína:

*«Un escenario en el cual se redujeran a 0 los ingresos en divisas por el concepto de tráfico de cocaína y marihuana y en donde se eliminaran las inversiones y cultivos ilegales daría al traste con más de un 30% de la capacidad importadora del país, presionaría las reservas por las demandas de los que quieren sacar sus capitales del país, se darían movimientos especulativos sobre las importaciones para garantizar inventarios de materias primas durante las épocas de esperado racionamiento, los que importaban de contrabando intentarían luchar por el fondo de divisas que controla el gobierno para seguir efectuando sus importaciones y éste se verá cada vez más impedido para encontrar las divisas con qué abonar el servicio de su deuda. Habría entonces crisis cambiaria, devaluación aguda, inflación más que proporcional, etc. Al mismo tiempo, se reduciría el empleo y el desempleo alcanzaría un 14 o 15% de la fuerza de trabajo»*¹³⁹

Con este cuadro ingresaríamos en un proceso de descomposición y deterioro superior al que vivimos para entrar a compararnos con las economías del sur de nuestros Andes. Además las opciones de negociar una paz que garantizara nuestro futuro se esfumarían. Este es el espejo en donde hay que mirar el rostro de nuestra vida económica y social. Las recientes medidas de apertura económica tienden a legalizar gran parte de estos capitales mientras que la convocatoria a una constituyente y la promulgación de una nueva constitución le retornan al Estado su legitimidad. La expedición de la

137.- ROBERTO JUNGUITO BONNET y CARLOS CABALLERO ARGAEZ, "La otra economía", en *Coyuntura Económica*, Bogotá, diciembre, 1978, vol. III N° 4, págs. 103-139.

138.- MIGUEL URRUTIA, "Análisis Costo-Beneficio del tráfico de drogas para la economía colombiana", en *Coyuntura Económica*, págs. 115-126.

139.- S. KALMANOVITZ, *op. cit.*, pág. 28.

nueva Constitución política para Colombia se convierte en un paso fundamental que intenta reconstruir la justicia, devolver la confianza en el Estado y abrir los caminos para una política económica de reordenamiento social. Si hace 50 años el Estado inició su guerra contra la sociedad y nos lanzó a esta millonaria feria de crímenes y a la creación de sub-mundos ajenos a la ley, hoy día la incorporación de las nuevas fuerzas económicas, políticas y sociales al diseño del Estado abren la compuertas a la recomposición futura de nuestra sociedad.

Las heridas abiertas parecen empezar a cicatrizar. Nunca antes economía, sociedad y política se articularon mejor para soñar en la posibilidad de generar un proyecto nacional en donde quepan todos los que construyen economías legales e ilegales, los que hacen guerras de autodefensa o de liberación o los que con la muerte dicen preservar el viejo orden y sus privilegios o defender proyectos de socialización. La convocatoria es general, de otra forma no habrá paz en Colombia.

No es entonces acentuando la guerras como la sociedad colombiana puede resolver sus problemas internos de crecimiento y desarrollo. Es contradictorio combatir la lógica violenta de un sistema con la irracionalidad violenta generada en la simple moral. Toda pretensión de monopolizar creencias e ideologías conducen a la intolerancia y a cruzadas sangrientas por parte de quienes creen tener el patrimonio de la verdad. Es reconociendo sus propios errores como el país podrá salir de la encrucijada. Los más recientes esfuerzos del gobierno colombiano por encontrar una alternativa a la paz parece corroborar lo que pensamos como alternativa para Colombia. En primer lugar fue necesario aceptar la existencia de fuerzas políticas distintas a los partidos tradicionales. Los acuerdos firmados con las guerrillas del M-19, del Quintín Lame y del E.P.L. corroboran este espíritu de conciliación nacional. Los esfuerzos por encontrar una salida a la llamada «Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar» ratifican esta decisión de cambiar el panorama social que nos mancha de todas las sangres hace casi medio siglo.

Tal vez los pasos más difíciles ocurren con la política de reconocimiento del narcotráfico como una fuerza no solo política sino económica. Dado el alto grado de intervención de los Estados Unidos en la vida interna de los países latinoamericanos y su creencia de que solo con la guerra podrá extinguirse la producción y por ende el

consumo de la droga, las medidas del gobierno colombiano sufrirán las presiones de los países consumidores para que su política se acomode a sus intereses. Las medidas actuales del Estado colombiano tanto en el trato como en el procesamiento de los traficantes del alcaloides parecen responder a un sentimiento nacional que ha hecho excesivos sacrificios por mandato de los Estados Unidos.

Los últimos 50 años del siglo XX, han estado signados por una guerra que ha dejado más de un millón de asesinatos, y cuyos efectos deberían hacer pensar tanto a los vecinos del norte como a los mismos colombianos. Las veladas amenazas del gobierno norteamericano a través de su embajador en Colombia, pretendiendo mantener un clima de hostilidades parecen no hacer mella en la evolución política del pueblo colombiano que comparte con el Estado el tratamiento dado a los traficantes del alcaloide, los cuales nunca pudieron ser capturados por los eficaces policías del mundo¹⁴⁰. El gobierno de Colombia en un acto de inteligencia buscó una alternativa para conseguir la entrega de los grandes empresarios de la droga. A esto respondió el gobierno norteamericano:

«...Si no hay justicia, entonces vamos a tener problemas entre el pueblo colombiano y el pueblo estadounidense, supongo. Y entre el gobierno de Colombia y el gobierno de Estados Unidos»¹⁴¹.

Estas voces amargadas, predicadoras de la paz y la justicia, parecen no sentir el peso de los millares de muertos inocentes de Colombia. Ellos sólo respiran por la herida de sus propios intereses pretendiendo que el país se siga debatiendo en un campo de injusticias y de guerras absurdas, en donde el capital que sustentan no alcanza a mostrarnos las ventajas sociales propias de su racionalidad¹⁴². Al calificar de claudicación y negociación con las mafias la política del

140.- Puede verse la encuesta realizada por el Centro Nacional de Consultoría que refleja un apoyo total a los diálogos de paz y al trato dado a los narcotraficantes, especialmente a la entrega de Pablo Escobar y otros miembros del llamado Cártel de Medellín. El 84% de los encuestados piensan que USA no tiene razón en sus críticas y el 78% apoya los diálogos y un 90% halló positivo el «sometimiento judicial del jefe del cártel de Medellín, *El Tiempo*, Bogotá, 30 de junio de 1991, pág. 3A.

141.- *El Tiempo*, Bogotá, 25 de junio de 1991, pág. 8A.

142.- Tanto el diario *El Espectador* como ciertos políticos han asumido posiciones radicales de crítica a la política, dejando ver más su sentimiento revanchista que el afán de contribuir a la paz nacional.

gobierno de juzgar en Colombia a Pablo Escobar y a todos los comprometidos en estas empresas de la cocaína, lo que hace el gobierno americano es contribuir a deformar la opinión pública y desconocer el principio de autodeterminación. García Márquez en carta enviada a Los Angeles Times afirma:

«En todo caso, la negociación más memorable de un gobierno con traficantes ilícitos no es la de Colombia con Pablo Escobar, sino la de Estados Unidos con el gánster 'Lucky' Luciano para que éste y sus cómplices dentro de Italia colaboraran en la preparación secreta del desembarco aliado en Sicilia. La legitimidad de este auténtico pacto con el diablo la ha justificado la historia por el beneficio cierto de apresurar el fin de la guerra y el feliz advenimiento de la paz mundial. Pues bien, amigos: la paz de Colombia y el final del terrorismo valen tanto para nosotros y merecen tanta inteligencia nuestra y tanta comprensión de ustedes como la paz del mundo»¹⁴³

Digamos finalmente que Europa debería dejar de ser una simple caja de resonancia de los Estados Unidos con respecto a la política latinoamericana. Y sería más productivo que creara fondos de investigación sobre la capacidad disolvente del capitalismo en la periferia. Si en realidad se piensa que la cocaína es un riesgo para la humanidad es necesario invertir miles de millones de dólares en las sociedades productoras, orientados no solo a sustituir un producto sino a crear mercados y un nuevo orden económico internacional. Europa deberá luchar por romper el círculo vicioso de ver en los trópicos sólo zonas de demandas de artículos baratos para el consumo y bienestar de sus sociedades a costa de la miseria de nuestras sociedades.

De no ser así deberán contentarse con aumentar los presupuestos militares para que no quede ningún resquicio del espacio aéreo, marítimo y terrestre sin control como parte de la política del garrote que los Estados Unidos aún practica en América Latina. Tal vez un día nuestros vecinos invadan un país de los Andes, con el apoyo de occidente, y decidan controlar la coca creando enclaves como hicieron con las repúblicas bananeras, la legalizarán, la mejorarán y la industrializarán a gran escala para venderle las patentes a España, a Francia, a Italia y a Inglaterra. Entonces en el Cuzco ya no se tomarán

143.- *El Tiempo*, Bogotá, 25 de junio de 1991, pág. 8A.

infusiones de coca elaboradas primitivamente y nuestros indígenas dejarán de mascarla diariamente mientras evaden su hambre y raquismo, para importarla desde territorios extraños, en sofisticados envases de todo género y con etiquetas de pronunciación confusa.

Así la coca se habrá convertido en un producto de importación en América Latina, los llamados narcotraficantes reconvertidos en contrabandistas o en sanos representantes de multinacionales y los cultivadores convertidos en peones, vigilados por un Estado que defenderá la legitimidad de un producto que explota el capital extranjero para beneficio de nuestro desarrollo.

La actual fase de producción y comercialización será entonces otro capítulo más de debate, sobre los ciclos de exportación de productos tropicales en América Latina y abundarán los sofisticados análisis sobre lo que los economistas llaman la pérdida de oportunidad. Entonces volveremos a leer que: «Una sola organización, norteamericana, dueña de 54 corporaciones, transporta 38 millones de dólares por venta de hachís, de Pakistán a Tailandia, anualmente»¹⁴⁴.

144.- PAULINA GOMEZ, "El imperio subterráneo: donde el crimen y el gobierno se abrazan", en *Texto y Contexto...* cit., pág. 157-158.